



ANÁLISIS DAFO

*de la realidad social y eclesial
en la Diócesis de Huelva*





Introducción	5
Debilidades: La pérdida progresiva de la identidad cristiana y del sentido de pertenencia a la Iglesia.	9
1. Una comunidad envejecida y con poca vitalidad.	9
2. La ausencia de los jóvenes en la vida de la Iglesia.	10
3. Un clero cansado, sin motivación ni liderazgo.	11
4. Un laicado pasivo y poco formado.	13
5. La necesaria vivencia y espiritualidad de la comunión.	14
6. La ausencia de procesos de vida creyente.	16
7. La necesidad de alimento y combate espiritual.	17
8. El desgaste y la falta de creatividad pastoral.	18
9. La dificultad para alcanzar las periferias.	20
10. La escasez de recursos.	22
Amenazas: La contraculturalidad del Evangelio.	23
1. La secularización de la Iglesia y de las costumbres cristianas.	23
2. El inmanentismo insolidario y la cultura del descarte.	25
3. La cultura digital y los nuevos modelos antropológicos.	26
4. La polarización política y la dispersión social.	27
5. La crisis de la familia.	28
6. Espiritualidad a la carta y relativismo moral.	29
7. El desprestigio institucional y del clero en particular.	30
Fortalezas: “Nuestra fortaleza es nuestra debilidad”.	31
1. El depósito de la fe y la constancia de los fieles.	31
2. La comunión doctrinal y pastoral.	32
3. La fraternidad sacerdotal.	33
4. La corresponsabilidad del laicado y su presencia en la vida pública.	33
5. La formación y transmisión de la fe.	34
6. La Eucaristía dominical y la vida de los sacramentos.	35
7. La religiosidad popular y el diálogo cultural.	36
8. La acción caritativa y social.	36
Oportunidades: Una nueva mirada creyente.	39
1. La búsqueda existencial de sentido.	39
2. Una Iglesia de primer momento.	40
3. Una Iglesia más testimonial.	42
4. Abrir las puertas del corazón y de los templos.	43
5. La Iglesia como institución de confianza.	44
6. El sustrato religioso y la piedad popular.	45
7. Tiempo de cambio.	46
8. Las redes sociales y los nuevos medios.	47
9. Los nuevos rostros de la pobreza y otros problemas sociales.	48
Sobre la coyuntura COVID-19	51
Índice de participaciones	53



La llegada de D. Santiago Gómez como obispo de nuestra diócesis abre un tiempo nuevo en la historia de la Iglesia en Huelva, un momento de cambio lleno de desafíos que se aventura apasionante. Culminado el pontificado de D. José Vilaplana, necesitamos activar procesos que, en continuidad con el camino ya transitado, contagien un nuevo ardor en los miembros de nuestra Iglesia para seguir llevando adelante la tarea de la Evangelización.

Para poner en marcha este nuevo tiempo, el Sr. Obispo propuso, al comienzo del curso pastoral 2020-2021, la realización de un análisis de la realidad social y eclesial de nuestra diócesis según el modelo para organizaciones conocido como DAFO –Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades–. Con la intención de que hubiera el máximo número de intervinientes, la propuesta se extendió a los sacerdotes, diáconos, religiosas y laicos, a las delegaciones, secretariados, parroquias y otras realidades presentes en nuestra Iglesia, creando un clima de corresponsabilidad misionera, de manera que todos nos conenzamos de que cada comunidad eclesial y cada familia cristiana es responsable del anuncio misionero del Evangelio en nuestra ciudad, pueblo o barrio.

El Papa Francisco nos invita a ser “contemplativos del pueblo” (EG 154), para comprender su situación humana y encontrar el modo más comprensible y atrayente de anunciar el Evangelio, por lo que este análisis posibilitará el discernimiento sobre la base de la situación actual de la Diócesis en nuestro contexto sociocultural, buscando hacer realidad entre nosotros la invitación apremiante del Papa a una conversión pastoral y misionera. De modo que, este análisis no tiene sentido si no es para comprender a qué nos llama hoy el Señor como Iglesia que camina en Huelva, en el contexto de lo que el papa Francisco llama “Iglesia en salida”, como discípulos misioneros y en estado de conversión permanente, para que así podamos ir trazando, juntos, las grandes líneas pastorales en los próximos años.

Sobre la recogida de datos y el método utilizado

La primera fase de este análisis se ponía en marcha a mediados del mes de octubre de 2020. En ella, se pedía al mayor número de personas posible, que realizaran su particular análisis sobre los factores internos –Debilidades y Fortalezas– y factores externos –Amenazas y Oportunidades– a fin de reconocer, por un lado, todos aquellos elementos, recursos, habilidades y actitudes que tenemos y que constituyen barreras para lograr el buen funcionamiento de la Iglesia en razón de sus fines y, por otro lado, descubrir todos esos puntos fuertes que favorecen nuestra misión: recursos, personal, medios, atractivo, estructura interna, organización, etc. En un primer plazo se solicitó que las respuestas fueran remitidas antes de final de año, plazo que se amplió hasta el 27 de marzo de 2021.

En esta primera fase han intervenido un total de 65 grupos: 6 arciprestazgos, 22 parroquias, 4 instituciones, 7 delegaciones, 8 secretariados y 18 movimientos y comunidades eclesiales. Se trata de una muestra suficientemente significativa y representativa de la Iglesia de Huelva. Detrás de estos grupos hay numerosos fieles que se han tomado en serio esta invitación de D. Santiago, dedicando tiempo y esfuerzo a responder desde un verdadero sentido de corresponsabilidad.

En algunas intervenciones se recoge la discusión sobre el método elegido para el análisis, sin un cuestionario normalizado y cerrado que facilitara después la labor de síntesis. Teniendo en cuenta que se trata de una herramienta para el análisis empresarial, hay quien opina que se tendría que haber facilitado su traducción al campo pastoral, espiritual y de la evangelización. El lenguaje en el que se presentaba la propuesta resulta bastante ajeno a la generalidad de los destinatarios que, además, han echado en falta más información e, incluso, formación al respecto. De hecho, algunas aportaciones no han seguido el esquema, pero han aportado su particular análisis de la realidad, con lo que hemos realizado el esfuerzo de adecuar estas aportaciones ordenando la información según el modelo. Por otra parte, la apertura del método ha propiciado una diversidad de enfoques y modos de responder que, aunque han dificultado mucho la elaboración de la síntesis, han enriquecido la reflexión y aportado matices.

Hay colectivos que ponen de manifiesto que algunos de sus miembros no han participado, por lo que advierten sobre un posible sesgo en el análisis. Otros señalan que, aunque la implicación ha sido buena, ha faltado empatía e ilusión ante esta nueva etapa, un pesimismo sintetizado en la expresión “más de lo mismo”. También se evidencia cierta carga emocional en algunas intervenciones. Como consecuencia, podemos sospechar una posible pérdida de objetividad.

Algunas parroquias han realizado el análisis desde los distintos ámbitos pastorales: transmisión, celebración y acción caritativa-social. Resulta complicado sintetizar todas estas aportaciones que han sido recogidas, principalmente, en lo divergente o en cuanto al valor añadido que aportan a las convergencias. Análisis muy ricos que deberían ser tenidos en cuenta en la particularidad de los territorios. Igualmente ocurre con algunas delegaciones y secretariados que aportan diversos análisis sin haber realizado su particular síntesis. Parece conveniente que estas delegaciones tengan en cuenta lo particular de cada intervención, tal y como fueron escritas.

Un caso muy particular es el de la delegación para el Apostolado Seglar que, el curso anterior, había presentado un extenso análisis realizado con ocasión de la preparación del congreso “Pueblo de Dios en Salida”, celebrado en Madrid en febrero de 2020. En este análisis, realizado según el método Ver, Juzgar y Actuar, participaron 8 grupos que incluían 28 realidades de la Iglesia diocesana. Muchas de esas aportaciones han sido vertidas en este nuevo análisis, pero, igualmente, se pide que este interesante trabajo sea tenido también en cuenta a la hora de elaborar el próximo plan pastoral. Finalmente, algunas intervenciones piden expresamente que los objetivos y las acciones de los planes pastorales anteriores que no se llegaron a cumplir, sean tenidos en cuenta para el futuro plan ya que, de algún modo, siguen teniendo actualidad y vigencia.

Sobre la elaboración de la síntesis

Una vez recogidas las intervenciones, se ha realizado el trabajo de síntesis que aquí presentamos. Una de las intervenciones advierte que cuando se hacen consultas al Pueblo de Dios y sus distintos grupos, luego quienes hacen la síntesis final realizan tal criba de las ideas y propuestas que se plantean que, al final, hay cantidad de ricos matices que se pierden por el camino. Esto se justifica en que algunas intervenciones individuales no tienen respaldo numérico, pero, en ocasiones, estos matices sin aparente apoyo pueden contener claves interesantes que no conviene desperdiciar y, sin los cuales, el resultado final acabaría enmascarando la auténtica realidad.

Es por eso que hemos leído atentamente todas las participaciones, extrayendo los ítems que iban apareciendo y ordenándolos por concordancias, desde los más recurrentes a los más singulares. En algunas ocasiones los factores externos e internos se entremezclaban y no aparecían en los apartados correspondientes. Así, aunque se ha querido ser lo más fiel posible al contenido de las participaciones, en algunos casos se ha visto más conveniente resituar algunas afirmaciones para que –en el espíritu, más que en la letra– nada que hubiera sido expresado quedara sin recogerse.

Después de esa primera recogida de datos, se elaboró una estructura de contenido definiendo apartados en cada uno de los capítulos según las recurrencias. Así, hemos intentando dar cierto orden e hilo argumental para facilitar la lectura. Esto ha supuesto un proceso de reelaboración y redacción del texto donde se han ido fusionando las generalizaciones y dejando entrever las singularidades que aparecían en los análisis particulares. Puede resultar repetitivo el uso de nexos y algunas expresiones.

De este trabajo no obtenemos un análisis sesudo y exhaustivo, sino el resultado de la suma de muchas intervenciones que, en su conjunto, ofrecen una panorámica general de la realidad social y eclesial en la Diócesis de Huelva. Sin duda, podrán reconocerse lagunas y echar en falta datos que podrían enriquecer el contenido. Podemos encontrarnos con reiteraciones, valoraciones más o menos acertadas, cierta desproporción en los temas, etc. Todo esto es fruto del intento de recoger con honestidad, sin reinterpretar las aportaciones ni pasar el filtro de lo más adecuado o correcto. De echo, una gran cantidad de expresiones han sido reflejadas en su literalidad, en perjuicio de la unidad de estilo. A pesar de todas estas posibles carencias, esta síntesis supone un buen principio para ahondar en aquellos puntos que, a posteriori, requieran una mayor y mejor reflexión.

Finalmente, se incluye un apartado donde hemos recogido todas las alusiones a la coyuntura actual provocada por la pandemia del Covid-19. La particularidad de esta situación que atravesamos y las enseñanzas que de ella se pueden desprender para ajustar más y mejor nuestra misión, justifican esta decisión. Esta circunstancia ha dificultado en cierta medida la participación. De un lado, la limitación de la presencialidad o, de otro, el cansancio y el desánimo acumulado en estos meses, han sido verdaderos inconvenientes para llevar adelante este análisis como hubiera sido deseable. Agradecemos el esfuerzo de muchos en este empeño de crecer en este camino de diocesaneidad y sinodalidad.

Esperamos que el resultado de este trabajo sea suficientemente estimulante para continuar con este proceso hacia la puesta en marcha de un nuevo plan pastoral y de evangelización para este tiempo nuevo que ya hemos comenzado en la Diócesis de Huelva. Al Espíritu Santo confiamos la continuidad de estos trabajos y le pedimos que ilumine a nuestro Obispo en este discernimiento, bajo la compañía e intercesión de María, la madre del Señor, quien no tuvo en su vida más plan que aceptar y cumplir la voluntad de Dios Padre.

Presentado al Consejo Episcopal el 9 de junio de 2021.



DEBILIDADES

Introducción:

La pérdida progresiva de la identidad cristiana y del sentido de pertenencia a la Iglesia

Una importante muestra de los encuestados percibe una pérdida lenta y progresiva de la identidad cristiana en los individuos y en la comunidad. La tibieza generalizada, tanto en el clero como en el laicado, diluyen la vocación bautismal y el sentido de pertenencia eclesial contemporizando con valores y actitudes impropias de nuestra fe.

De este modo, no solo encontramos una sociedad que aun confesándose mayoritariamente cristiana, vive como si no lo fuera, sino que, además, observamos una Iglesia que decrece en sus miembros y en la que quienes permanecen muestran un cristianismo difuso. Aunque muchos se siguen sirviendo de la comunidad, pocos se ponen a su servicio.

Se denota una grave falta de cuidado pastoral de la familia en su conjunto y, especialmente, del acompañamiento de los jóvenes; una ausencia de vida comunitaria en las parroquias donde mayoritariamente se practica una pastoral de sacramentalización más que misionera y donde abunda un espiritualismo que se aleja del servicio y la praxis del amor, sobre todo a los más necesitados y alejados; una desconexión entre lo que se celebra y lo que se vive; y una falta de espiritualidad y vivencia de la comunión entre individuos y grupos eclesiales, como una de las debilidades más señaladas.

La escasez de sacerdotes junto al desánimo y falta de motivación que se aprecia en ellos, la desaparición progresiva de comunidades religiosas y la falta de un laicado formado y comprometido con la misión de la Iglesia, en especial con los alejados, muestran una Iglesia que más que “en salida”, parece estar “en retirada”.

1. Una comunidad envejecida y con poca vitalidad

Según se aprecia en la mayoría de las parroquias, la comunidad está envejecida. Siendo esto cierto, es también consecuencia de una comunidad social que también lo está, especialmente en algunos barrios y pueblos –sobre todo en zonas rurales–, donde se hace evidente el envejecimiento demográfico. Sin embargo, algunos mayores demandan una pastoral que no desprecie el valor de su presencia y que ejerza también su cuidado y acompañamiento.

Por otro lado, este envejecimiento no es solo referido a la edad de una mayoría de miembros participantes de la vida de la Iglesia, sino a un dinamismo acomodado a una pastoral de mínimos y de mantenimiento, señalándose los siguientes síntomas:

- Falta de formación y renovación de nuevos agentes con la consecuente pérdida de activos parroquianos y poco interés de algunos sacerdotes para llevar adelante esta formación.

- Autocomplacencia de buena parte de los miembros de la comunidad parroquial que, con frecuencia, no reconocen las carencias.
- Vivencia superficial de la fe y falta de compromiso evangelizador y eclesial de algunos grupos (la intervención original aludía a las hermandades).
- Ausencia de una infraestructura de laicos que, desde una vivencia comunitaria de la parroquia, sean lanzados a ejercer su particular vocación en las realidades temporales.
- Escaso testimonio comunitario de una forma de vida distinta a la socialmente dominante, abriéndose a un cambio de mentalidad que sitúe al ser humano en el centro de la vida social, política y económica.
- Miedo a preguntarnos qué nos quiere decir realmente el Evangelio y qué implicación moral desde la Doctrina Social de la Iglesia tiene en nuestra vida.
- No se acierta a motivar y provocar la inserción y continuidad de personas que transitan por la parroquia a través de la puerta de los sacramentos de la iniciación cristiana, el matrimonio o la práctica de la piedad religiosa.
- Falta de soluciones a las personas que desean reinsertarse a la vida de la parroquia y que, por algún motivo, se separaron de ella.
- Necesidad de renovación, formación y captación de un nuevo voluntariado en los grupos de caritas parroquiales. La ausencia de espacios para fomentar y promover el compromiso social desde la parroquia u otros niveles arciprestales y diocesanos, impide que llegue savia nueva, nuevos perfiles de cristianos voluntarios, especialmente jóvenes.
- Sentimiento de malestar y pasividad ante la situación que vivimos que nos lleva a pensar “no podemos hacer nada”.

2. La ausencia de los jóvenes en la vida de la Iglesia

Dedicamos este punto a una de las preocupaciones más evidenciadas en los análisis y el mayor síntoma de una Iglesia que pierde vitalidad. Una de las intervenciones indica que en esta debilidad pueden reconocerse los grandes retos pastorales para la Iglesia de hoy.

La poca presencia de jóvenes y de una pastoral juvenil suficientemente estructurada evidencia una falta de conexión con sus métodos, formas y estilos. Los pocos agentes de pastoral juvenil que existen son mayores y faltan jóvenes comprometidos que sirvan de referente para sus iguales y sostengan un proyecto pastoral. La movilidad de los jóvenes por motivos de estudios o trabajo provoca que aquellos con un perfil adecuado para llevar adelante esta tarea tengan que abandonarla impedidos por sus prioridades y circunstancias.

Por otro lado, no existe conexión, en clave de una pastoral de continuidad con los procesos catequéticos por lo que, tras la culminación de la iniciación cristiana, sucede la fuga de muchos adolescentes que no desembocarán en grupos de pastoral juvenil.

No se percibe opción ni pensamiento de evangelizar a los jóvenes, salvo en casos muy aislados, que finalizan cuando cambia la persona que anima esa realidad, por ausencia de trabajo en equipo o de unidad en los criterios. De este modo, muchos jóvenes se han alejado de la Iglesia más por falta de cuidado e inercia que por convicción.

En especial, los jóvenes que han participado en esta encuesta experimentan una gran distancia con sus pastores que justifican reconociendo que hay una inercia negativa en muchos párrocos de no trabajar con jóvenes porque no merece la pena por la complicación que supone y la falta de resultados. Otras aportaciones señalan una falta de interés del clero acrisolada en la justificación de que “no hay jóvenes” aun cuando, en especial a través de las hermandades, muchos transitan por las parroquias.

Hay una falta de conocimiento real sobre qué es “pastoral juvenil” hoy, añorando experiencias pasadas o ensayando modelos caducos, con la consecuente frustración. Por lo general: no se busca al joven con el celo del pastor por la “oveja perdida”, no se acoge al joven en sus debilidades y potencialidades, no se le da un lugar y protagonismo sin instrumentalizarlo y no se desarrollan propuestas de acompañamiento.

De este modo, hay una falta de acogida intra-comunitaria en la que los jóvenes ocupen su propio lugar, en la transitoriedad propia de la edad que les llevará a integrarse en la comunidad, ayudándoles en el despertar vocacional y acompañándoles en sus discernimientos más vitales.

Los grupos de jóvenes existentes y los que trabajan con ellos se sienten aislados. No hay conexión, salvo momentos puntuales, con el resto de grupos de la parroquia y con otros grupos de jóvenes de otras parroquias, para convivir y compartir experiencias.

Falta de un proyecto y trabajo coordinado en favor del discernimiento vocacional y de una red de acompañantes especialmente preparados para trabajar con jóvenes. Muchos jóvenes encuentran en las escuelas católicas un ámbito de crecimiento y desarrollo en la fe. Esto, que supone el reconocimiento de que existen otros espacios extra parroquiales igualmente válidos, suponen la desconexión con la comunidad parroquial, privándoles de un sentido de pertenencia e identidad más amplia y duradera y supone un verdadero impedimento para la comunión.

Finalmente, los jóvenes se reconocen insertos en una importante crisis de compromiso y demandan alimento espiritual, espacios de oración y silencio, que les conecten con el misterio y les saquen de la vorágine diaria, impulsándoles a desarrollar su propio apostolado.

3. Un clero cansado, sin motivación ni liderazgo

Son muchas las razones que están detrás del cansancio pastoral y la falta de motivación del clero. Entre las primeras señaladas, un clero envejecido y sobrecargado de tareas y funciones, que les impide cuidar la interioridad, su cercanía y disponibilidad. La dispersión en la acción, unas veces como huída y otras por una descompasada distribución de los encargos pastorales, impide dedicar el suficiente tiempo al cuidado espiritual y humano, echándose en falta el acompañamiento al sacerdote y un adecuado asesoramiento, especialmente en cuestiones de orden civil. No existen medidas de cuidado sacerdotal como una casa sacerdotal, lugares de descanso, y una formación continuada de calidad.

Esta falta de motivación, de interés e ilusión personal y sacerdotal lleva a un trabajo de mínimos. Y aunque estos síntomas parecen reconocerse con claridad, luego no se concreta en acciones que conduzcan a resolverlos, conformándose en lo cotidiano de la sacramentalidad. Esta inercia y malestar continuo se traduce en lenguaje y actitudes inadecuadas.

La edad avanzada del clero; la poca capacidad de trabajo en equipo y el exceso de personalismo e individualismo; la incoherencia y falta de testimonio y compromiso de los agentes de pastoral; o el exceso de grupos que impide su adecuada atención, son otras de las causas de este agotamiento en el clero que han sido señaladas.

También se advierte una pérdida de la identidad sacerdotal como producto de una sociedad secularizada. El sacerdote sigue sin tener claro cuál es su función concreta como presbítero, intentando encontrar la solución en la búsqueda continua de métodos, generando cortinas de humo que a la larga son un impedimento para el desarrollo de su misión.

La búsqueda de la identidad sacerdotal en los aspectos externos, como por ejemplo, el cumplimiento de las normas, el funcionario del ministerio y la búsqueda de un estatus dentro de la comunidad cristiana, va en detrimento de una identidad basada en la interiorización de una espiritualidad que entienda el sacerdocio ordenado al servicio del sacerdocio común (cf. LG 10). Esta falta de reconocimiento de la vocación bautismal como centro y eje de la vida cristiana hace que aún esté excesivamente presente la visión del sacerdocio como un estilo de vida cristiana más perfecto y sublime. De este modo, hay un clero que confunde liderazgo con autoritarismo y no permite la presencia de otros agentes, como la participación de la vida religiosa.

La carencia de una espiritualidad sacerdotal intensa, profunda y «vibrante» evidencia una escasez de ministros ordenados con ardor, entusiasmo y celo pastoral que transmitan la alegría de ser sacerdotes tal y como los quiere la Iglesia, que activen la creatividad con nuevas iniciativas pastorales. Se necesitan sacerdotes dispuestos a salir de las estructuras del templo y tener más presencia en las realidades de la calle y en las periferias. Los laicos refieren este alejamiento de una parte del clero respecto de la realidad social, mientras perviven en actitudes dogmáticas muy estrictas que dificultan la aceptación de los puntos de vista de los seglares y generan reticencia ante proyectos novedosos o con una nueva creatividad pastoral.

No se vive la comunión sacerdotal, ni se fomentan encuentros de oración, trabajo y reflexión de los presbíteros, sobre todo en los niveles arciprestales, donde se hace necesario dar más valor al papel del arcipreste. La incapacidad para llegar a la unidad de criterios pastorales por zonas, la falta de corrección fraterna, las imposiciones a capricho o intereses propios, o el deseo de hacer carrera de algunos presbíteros que buscan el interés y la rentabilidad personal en vez del servicio que a la Iglesia se presta, rompen la colegialidad del presbiterio. De un modo especial, se señala la falta de caridad en sacerdotes que se dan a la murmuración y el chismorreó; creyendo estar en posesión de la verdad o de los mejores métodos, critican destructivamente a otros. Y un reclamo que evidencia esa necesidad de una mayor fraternidad sacerdotal: “en los encuentros del clero, no nos quedamos a comer juntos”.

Hay parroquias que se quejan del frecuente cambio de párroco que no permite consolidar un proyecto parroquial de mayor recorrido. Otras echan en falta una mayor presencia y liderazgo del párroco –para “llevar las riendas”–. Ocurre también con las parroquias sin cura residente, que a veces tienen el sentimiento de ser parroquias de segunda. Por otro lado, no siempre se envía a las parroquias el perfil más adecuado de sacerdote y esto dificulta mucho la vida de la comunidad y su desarrollo pastoral. Por ejemplo, sacerdotes con mayor sensibilidad social en zonas más

marginales o periféricas. La presencia del sacerdote, fundamental en el desempeño de los equipos de Cáritas parroquiales, por lo general, o escasea o es de excesiva monopolización del servicio sociocaritativo, cuestión que genera desmotivación y falta de corresponsabilidad en el laicado voluntario. Finalmente, la concentración de lo carismático, lo magisterial-doctrinal y lo estructural o de gobierno en manos de una sola persona, hace mucho daño a la comunidad.

Preocupa que los procesos de discernimiento de la vocación sacerdotal estén más basados en la necesidad de presbíteros que en la búsqueda de la cualidad y la calidad de los candidatos. La falta de sacerdotes puede hacer bajar la exigencia y conducir al ministerio a personas con una vocación insuficientemente discernida. En este sentido, se percibe que la formación de los futuros sacerdotes está cerrada a la realidad, replegados hacia el interior, con planteamientos eclesiales muy dogmáticos, tradicionales y con poca mirada a una Iglesia "en salida". Los seminaristas necesitan una formación más completa, sobre todo en lo referente al acompañamiento de la comunidad parroquial y la diversidad y riqueza de los movimientos apostólicos, junto a otros aspectos que no se forman, como la promoción de los consejos pastorales parroquiales. Se constata un creciente clericalismo que, como denuncia el Papa Francisco, no hace crecer ni a los laicos ni a la parroquia pues los sacerdotes hacen que todo gire en torno a ellos, aunque este clericalismo muchas veces es también alimentado por un laicado que no asume su corresponsabilidad. Finalmente, no se fomentan otros ministerios ordenados como el diaconado permanente.

4. Un laicado pasivo y poco formado

Por circunstancias unas veces comprensibles y otras injustificables, hay laicos que no asumen la responsabilidad que deberían tener en la Iglesia, lo que redundaría en menoscabo de su sentido eclesial. Esta insuficiente vivencia comunitaria en algunos agentes de pastoral contribuye al debilitamiento del sentido de pertenencia de los adultos, al no ver en ellos un signo de la dimensión maternal de la Iglesia.

Se añade a esto un conocimiento infantil de la fe de no pocos cristianos que no parten de un verdadero acontecimiento personal de encuentro y conversión o no han madurado su fe a través de procesos de crecimiento y discipulado. La necesidad de una formación continuada, como experiencia discipular y adecuación a la misión es una de las debilidades más señaladas.

La necesidad de agentes para llevar a cabo, por ejemplo, la tarea catequizadora precipita la elección de candidatos poco idóneos por su falta de formación y experiencia eclesial. También se reconoce una escasa formación desde el Modelo de Acción Social de Cáritas y ausencia de los grandes temas que aborda la Doctrina Social de la Iglesia, especialmente en el ámbito parroquial. Esto implica que métodos, lenguajes y acciones no sean acordes al entendimiento de esta acción caritativa y social de la Iglesia, ejerciendo una mera caridad asistencial.

No sin esfuerzo, sin vencer resistencias y después de muchos años, se logró para la diócesis el Instituto Teológico. Hasta entonces era la única diócesis de España que carecía de una institución similar. Pero es doloroso ver que siendo un centro superior de Teología no tenga las adecuadas relaciones, intercambios y convenios con la Universidad y otros organismos provinciales, regionales, nacionales e internacionales, en beneficio de nuestros actuales seminaristas y futuros sacerdotes, en

particular, y de los fieles de la diócesis en general. No existe coordinación entre los centros de formación diocesanos: el Instituto Teológico, el Centro Diocesano de Teología, Pastoral y Espiritualidad, las actividades formativas de cada delegación, la pastoral universitaria o la DECA para los profesores de religión...En buena lógica todo debería estar coordinado por el Instituto Teológico, aunque se pueden argüir problemas jurídicos para ello, que no serían insalvables, si hubiera voluntad.

Esto nos hace perder presencia en el campo de la cultura y el pensamiento. Por ejemplo en la universidad, con una pastoral bajo mínimos. Se llegó a conseguir que nuestra diócesis fuese una de las pocas que incorporó la DECA como título propio de la UHU, luego surgieron problemas administrativos y en vez de trabajar para solucionarlos, se optó por sacar este título de la universidad. El sistema de acceso del profesorado de Religión y la experiencia religiosa real de éste se pone en entredicho en algunas intervenciones, resultando que un porcentaje del profesorado, por diferentes motivos, no se esfuerza en la preparación de sus clases o en la misión propia del puesto que desempeña.

En general, tenemos un laicado muy poco organizado, poco formado, con una gran dependencia de la figura del sacerdote y poco presente en la realidad de la vida social. Falta conciencia en los laicos de su corresponsabilidad en la misión de la Iglesia, nacida del bautismo y que mueve a dar testimonio en la vida pública. Una de las intervenciones proveniente del mundo de las hermandades señala la ausencia de un foro de pastoral que evalúe regularmente la realidad y proyección de las cofradías. Ya hemos hablado, también, de la necesidad de captar y formar jóvenes con una edad que le permita cierta estabilidad (>25 años) para desarrollar el campo de la pastoral juvenil y participar de otras responsabilidades pastorales en la parroquia.

Junto con la pasividad generalizada del laicado, existe un activismo por parte de algunos laicos que hace perder el sentido comunitario de cada acción o descuidar otras dimensiones propias de la vocación laical, incluso más determinantes de su especificidad vocacional y estado de vida.

Finalmente, algunas intervenciones señalan la falta de reconocimiento del papel de la mujer en la Iglesia, a pesar de su presencia mayoritaria. El papel de la mujer en el seno de la Iglesia aún responde a la servidumbre, es secundario y subordinado. Esto mismo, ha sido denunciado por el Papa Francisco en la convención por los 25 años de la carta apostólica *Mulieris Dignitatem* de San Juan Pablo II, afirmando que "sufre cuando ve que en la Iglesia y en las organizaciones eclesiales el papel de las mujeres se reduce sólo a la servidumbre y no al servicio".

5. La necesaria vivencia y espiritualidad de la comunión

Se detecta, en el clero y en las comunidades, una falta de espiritualidad de la comunión, empatía y corresponsabilidad generalizada, que impide experimentar la comunidad y la diocesaneidad como realidad esencial de nuestra vida creyente. Por ejemplo, es muy señalada la falta de criterios comunes en la administración de sacramentos, aranceles, preparación e idoneidad para su recepción, entre otros asuntos, que ponen de manifiesto que muchas parroquias siguen funcionando como "reinos de taifas independientes". Algunos de los síntomas señalados en esta falta de sentido de la diocesaneidad son:

- El desinterés y la falta de asunción y cumplimiento de los planes pastorales y normativas diocesanas.
- El *adanismo* de algunos curas que ignoran el recorrido de algunas comunidades y el trabajo de no pocos laicos y religiosas en sus parroquias.
- La falta de transparencia, especialmente en materia económica, de muchas parroquias que genera desconfianza en los fieles.
- El aislamiento de algunas parroquias, desconectadas durante años por el condicionamiento del párroco, o de algunos grupos particulares de Iglesia que se empequeñecen en su autosuficiencia y, a su vez, empobrecen la vida de la diócesis.
- Un centralismo capitalino en las propuestas diocesanas. Los pueblos distantes no pueden acceder a estas ofertas o no les llega la comunicación.

En cuanto a las estructuras de gobierno y las herramientas para la comunión, cuando no son insuficientes, no funcionan adecuadamente. Se perciben como poco inclusivas con respecto a la diversidad y corresponsabilidad del Pueblo de Dios. Especialmente hay un débil protagonismo del laicado, puesto de manifiesto en la casi inexistencia de los Consejos Pastorales y Económicos Parroquiales, o en el nulo papel que estos ejercen en las parroquias donde existen. Es escandaloso que después de tantos años de que se decretara su constitución en todas las parroquias de la diócesis –siendo obispo D. Ignacio– y después de varios planes pastorales insistiendo en este asunto, siga habiendo sacerdotes que se niegan e impiden estos consejos de forma injustificada.

Esta falta de participación del laicado en los espacios de discernimiento y gobierno, además de ser un empobrecimiento, supone una negación de la sinodalidad en la Iglesia que el propio papa Francisco ha definido como “el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”, camino que San Juan Pablo II preparó en la *Novo Millennio Ineunte* cuando planteó como el gran desafío del nuevo milenio “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”.

Igual ocurre en los Consejos Arciprestales, en los que no se facilita la participación del laicado ni de la vida religiosa, quedando exclusivamente reservado al clero. No hay espacio para coordinadoras de apostolado seglar, pastoral juvenil, catequesis, etc., con participación de los agentes, o funcionan como estructura paralela, cual es el caso de las coordinadoras de Cáritas. Por otro lado, los propios sacerdotes se quejan de que estos consejos son tomados más como una obligación de orden secundario que como un ámbito de verdadera comunión y coordinación necesaria donde, en la colegialidad ministerial, se ora, se reflexiona, se comparte y se trabaja juntos. En este sentido se detecta que el papel del arcipreste carece del valor que debiera.

En cuanto al Consejo de Pastoral Diocesano, no se cuenta con los temas y materiales de trabajo antes de la realización de las sesiones con lo que es difícil dar consejo al Obispo con argumentos adecuadamente reflexionados. De este modo, los consejeros le pierden el valor y sentido a su pertenencia a esta herramienta de comunión. En ocasiones se ha planteado la creación de un elenco de temas a profundizar y crear comisiones de trabajo que ayuden a la reflexión y discernimiento del

Obispo. Hay que señalar que este consejo lleva casi dos años sin reunirse, argumentando la coyuntura de la pandemia, mientras sí se han realizado sesiones del Consejo de Presbiterio u otras reuniones. Existiendo medios tecnológicos para salvar esta dificultad, la excusa no parece suficiente sino que, más bien, manifiesta una falta de interés.

En el ámbito parroquial también se experimentan rivalidades y protagonismos que denotan esa falta de comunión entre los distintos grupos parroquiales. Algunas de estas rivalidades vienen de tiempo inmemorial y han llegado a socializarse, como es el caso de algunas devociones particulares. Hay grupos tapones que obstaculizan una pastoral adecuada de conjunto; grupos cerrados y replegados sobre sí que viven en la autosuficiencia y copan las agendas de los sacerdotes, dejando a otros sin atención; grupos que rivalizan con otros o entre los miembros del mismo grupo, a veces con comportamientos inadecuados; grupos que “brillan” demasiado mientras otros son invisibilizados; grupos e individuos intolerantes hacia otras sensibilidades reconocidas en la Iglesia, como las hermandades, que incluso llegan a sufrir el rechazo del párroco o de parte de la comunidad; una compartición excesiva de la vida parroquial; etc.

Terminamos este apartado con una queja de CONFER sobre la falta de presencia de las comunidades masculinas o de algunas femeninas a sus convocatorias, con lo que no se generan dinamos de comunión y acción misionera compartida. Esto supone una pérdida de riqueza también para las comunidades que participan de estos encuentros.

6. La ausencia de procesos de vida creyente

Una de las mayores debilidades que no genera ni fortalece la identidad y el sentido de pertenencia de los fieles es la falta de procesos de crecimiento en la vida de creyente, desde la iniciación cristiana, hasta la edad adulta, pasando por la adolescencia y la juventud que, como ya hemos dicho anteriormente, es el déficit más notable. No se acierta a poner en pie comunidades vivas que acojan, canalicen y sostengan la vida de fe de los recién catequizados.

En general, existe una falta de acompañamiento por el que se pueda conocer las circunstancias familiares y sociales de los catecúmenos y cómo estos van recibiendo y acogiendo el Kerygma en sus vidas. Junto a esto, la falta de un material común que aglutine y normalice estos procesos, por un lado, y la carencia formativa y disminución de los agentes ya referido, por otro, impiden responder a esta necesidad. En este punto cabe señalar el reciente fracaso en la puesta en marcha de la Acción Católica General, rechazado por la generalidad del clero.

La falta de formación progresiva y sistemática para madurar en la fe y la conexión con la parroquia se hace notar, especialmente, en el ámbito de las hermandades donde, a veces, la participación en la vida de la parroquia es entendida más como un hobby que como expresión de una vida creyente que se realiza en el seno de una comunidad.

La catequesis o los cursos prematrimoniales son frecuentemente entendidos como requisito de acceso al sacramento y no como parte del proceso creyente y, por tanto, medio para el crecimiento y la madurez de la fe. Especialmente en la iniciación cristiana, se denota que los sacramentos se han convertido en algo social por la disociación, objeto de consumo y mercantilismo en torno a ellos. Las familias entienden la catequesis como una actividad extraescolar más,

donde se echa de menos el compromiso de los padres en la educación cristiana de sus hijos y la participación de la familia en la Eucaristía dominical. Colateralmente, la iniciación cristiana en las escuelas católicas dificulta la integración de las familias en las comunidades parroquiales, segregando y creando un vínculo de pertenencia con fecha de caducidad poniendo en peligro la continuidad de los procesos. En el ámbito educativo, también se demanda una mayor coordinación con los profesores de Religión Católica en los centros existentes en la demarcación parroquial, trabajando ese vínculo entre familia, parroquia y escuela.

Ante la escasez de catequistas, en algunas parroquias se opta por involucrar a padres –generalmente madres– de hijos en proceso de iniciación que se ofrecen, pero que, en cuanto sus hijos reciben los sacramentos, desaparecen. No podemos dar por supuesto que los padres y catequistas, aunque hayan culminado sus propios procesos de iniciación cristiana, estén verdaderamente iniciados y capacitados. Es necesario una propuesta de reiniciación cristiana, fundamentalmente para padres, y un reconocimiento de la importancia de este servicio dentro de la Iglesia, en el que tanto nos jugamos hoy.

La atención y cuidado que se presta a las catequesis de iniciación cristiana no se extienden a otras edades. La decisión de adelantar la edad de los confirmandos sin prever una continuidad metodológica y orgánica para los adolescentes y los jóvenes, ha generado un vacío importante y una desconexión con un catecumenado adulto de continuidad.

En general, la mayoría de los adultos cristianos no valoran la catequesis ni intuyen lo que les puede aportar. Piensan que es cosa de niños, se sienten vacunados para aceptarlas y, además, se da en ellos un fuerte deseo de independencia respecto al control social del medio circundante. Por otro lado, no en todas las parroquias se trabaja la pastoral familiar como una prioridad y un elemento integrador de los procesos. Falta acompañamiento espiritual y humano a los matrimonios y a las familias, pero éstas tampoco lo solicitan.

7. La necesidad de alimento y combate espiritual

La excesiva sacramentalización, sin vivirse integradamente dentro de los procesos personales de fe; el culto superficial, muchas veces más centrado en lo estético que en el verdadero espíritu de la liturgia, desconectado de la vida comunitaria; el exceso de burocratización en los despachos parroquiales; la escasez de espacios de oración, retiro u ejercicios espirituales, tanto para el clero como para el resto de fieles; etc., son algunos de los síntomas expresados en los que se denota una falta de atención al hambre espiritual de los fieles.

Este descuido debilita hondamente la vida de los creyentes y pone en peligro la vocación, en cualquiera de sus expresiones y estados de vida. El abandono de la búsqueda de una mayor intimidad con el Señor y la falta de combate espiritual contra las propias tentaciones acaban llevándonos a un cristianismo sin vida, refugiado en el activismo y sometido a criterios e intereses poco evangélicos, evidenciándose en actitudes y posturas que acaban rompiendo la comunión. Se ha devaluado el sacramento de la reconciliación, se ha relajado la conciencia de pecado, se realizan confesiones de grupos, etc. Algunos fieles expresan su desconcierto ante la diferente vara de medir de los sacerdotes en este sentido.

A menudo las debilidades se afrontan desde un mayor activismo y una programación poco realista, pero sin dar espacio a la oración o sin aumentar el espacio de la oración en la vida parroquial, con lo que todo es un esfuerzo que no nace de la gracia y que termina generando mayor frustración.

La Palabra de Dios no ocupa su lugar en nuestra vida cotidiana, en nuestras relaciones diarias, en nuestros discernimientos, etc. En definitiva, no es entendida como una verdadera propuesta de vida. Las homilías, que son la única catequesis que reciben muchos fieles, son descuidadas o excesivamente doctrinales, poco encarnadas en la vida y con un lenguaje poco accesible para la generalidad.

Por otro lado, las celebraciones sacramentales son frías y con poca significatividad: no se entienden desde la vida ni son para la vida. Tampoco se favorece una relación de intimidad con el Señor sacramentalmente presente en la Eucaristía. Muchas parroquias mantienen las puertas de los templos cerradas casi todo el día, favoreciendo el abandono de los sagrarios, ni se educa, desde la iniciación cristiana, en esa intimidad y diálogo con el Señor, de modo que, a veces, el Santísimo Sacramento no es tratado con el debido respeto.

8. El desgaste y la falta de creatividad pastoral

En el tiempo de la nueva evangelización, el Espíritu Santo invita a tener la audacia de “encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra” (EG 167), en la serena conciencia de que “Cristo es el ‘Evangelio eterno’ (Ap 14,6), y es ‘el mismo ayer y hoy y para siempre’ (Heb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad [...] Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la fresca original del evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EG 11)

Este convencimiento de la Iglesia, sin embargo, no es experiencia común de nuestra diócesis donde se pone de manifiesto un desgaste pastoral y una inercia en la que escasea la creatividad. Algunos de los síntomas expresados son:

- El exceso de jerarquización y burocracia, que hace que las iniciativas evangelizadoras pierdan frescura y dinamismo en su materialización.
- Continúa abundando la pastoral de la herencia, de mantenerse solo en el sistema de lo que se ha hecho, y no abrirse a nuevas formas, a nuevas líneas. No se buscan formas de pasar a la pastoral de la propuesta, sin abandonar lo bueno de ese modo de hacer pastoral heredado.
- La falta de proyectos parroquiales de medio y largo plazo que, desde una mirada de conjunto, establezcan prioridades en el tiempo, sobreviviendo al cambio de párrocos y abandonando la improvisación y el “ir a lo fácil”.
- El cansancio pastoral, consecuencia de la multiplicación del trabajo en la que lo urgente se antepone a lo importante y necesario.
- La falta de inversión en espacios y recursos para implementar nuevos medios y métodos, especialmente en la evangelización de las periferias eclesiales.

- La cuestión estacional que provoca desajustes poblacionales entre los meses de verano y el resto del año, condicionando la actividad pastoral en algunas localidades.
- Las zonas rurales, habitualmente más desfavorecidas, son las grandes desconocidas en la pastoral.

Todo esto hace ver que estamos más en la inercia de un modelo eclesial de mantenimiento antes que en una Iglesia de “primer momento”, con un estancamiento pastoral que ensaya con modelos caducos sin un cambio metodológico real en los medios, los estilos, los horarios, los espacios, los lenguajes,... en una auténtica conversión de las estructuras pastorales, tal y como exhortaba el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* (n. 27).

En cuanto a la elaboración y desarrollo de los planes pastorales, se denota la escasa participación de los agentes de pastoral y de los fieles en general, bien por no contar con ellos, bien por su propia falta de interés. Esto hace que en muchas ocasiones los planes no sean adecuados ni operativos. Se cae en la tentación de querer imponer una pastoral uniforme, de confundir la unidad con la uniformidad, por lo que, a veces, la normatización de los planes ahogan algunas experiencias vivas e interesantes.

En este sentido, no se encuentra el equilibrio entre el carácter orientativo, más que impositivo, de las normas emanadas de los organismos de gobierno, y la legítima autonomía de las experiencias que funcionan bien. Y, por otro lado, no se toma conciencia ni se acepta que nos encontramos con una gran diversidad de situaciones de cara a la fe, que requieren un tratamiento evangelizador plural y diversificado, eso de que “a cada circunstancia debe corresponderle actividades apropiadas y medios adecuados” (AG 6).

A veces, en algunas poblaciones, en parte debido a la forma de actuar de sus responsables pastorales, como están habituadas a lo que se ha hecho siempre, se muestran muy sensibles a los riesgos que implica todo cambio. De este modo, ofrecen resistencia a las nuevas iniciativas, dificultando su adaptación y el abordaje de algunas problemáticas.

Además, ante los planes pastorales y muchos proyectos, se practica lo que el Papa nos recuerda como “habriaqueismo” o “gatopardismo”: se aprueban proyectos excelentes porque hay un convencimiento de fondo de que no se van a cumplir. A la hora de revisar siempre se encuentran datos para decir que se han cumplido (“cumplimiento”), pero la verdad es que no. En este sentido, se aconseja una seria revisión de aquellos objetivos y actividades planteados en anteriores planes pastorales y que no fueron realizados o solo parcialmente. Por otro lado, también se recuerda que hemos sufrido varios años una ralentización pastoral ocasionada por la fractura y pérdida de la última estructura de gobierno y la inercia en espera del nuevo Obispo y proyecto diocesano.

Por último, desde Cáritas, se detecta que, en su tarea de alcanzar una participación efectiva de la comunidad cristiana en la actividad caritativa y social, no se acaba de encontrar la pedagogía, los espacios y el contenido que logre llegar tanto a la comunidad cristiana como a los agentes de pastoral. Los estudios, informes, campañas y materiales publicados y ofertados no llegan a sus destinatarios ni tienen la repercusión deseable.

9. La dificultad para alcanzar las periferias

El dinamismo misionero es el lado más débil de nuestra pastoral. Se echa en falta una organización de esta presencia misionera en los distintos ámbitos y sectores sociales, alcanzando pastoralmente a los "alejados" y rompiendo los círculos eclesiales cerrados sobre sí. Falta una organización de las estructuras pastorales que responda a esta nueva situación sociológica: unidades pastorales, desarrollo de otros ámbitos de evangelización y pastoral extra parroquiales, etc.

Mientras comprobamos que el mensaje del Evangelio no tiene incidencia en las personas que se sienten parte de la Iglesia –no convierte ni cambia sus vidas–, paradójicamente reconocemos que muchas personas esperan, aún sin saberlo, el anuncio de este Evangelio de la vida. Sin embargo, esto no inclina la balanza hacia un modelo de Iglesia más preocupado de la misión que de la autopreservación.

Esto exige un lenguaje nuevo, una estructura dinámica y compartida, una espiritualidad profunda que abra paso a una Iglesia en permanente estado de evangelización, hacia dentro y hacia fuera de sus límites, en la que abunden los testimonios de una iglesia más pobre, más evangélica, más encarnada en la realidad de estos tiempos, de fermento en la masa.

En este sentido, los laicos están llamados a asumir un especial protagonismo. Recordemos que, según el Vaticano II, los pastores deben provocar la dignidad y responsabilidad de los laicos, recurriendo a sus prudentes consejos, encomendándoles con confianza cargos al servicio de la Iglesia y dándoles libertad para actuar, animándolos a emprender obras por cuenta propia para la misión de la Iglesia (cf. LG, 37). Sin embargo, existe un exceso de concentración en actividades internas que impiden la proyección exterior de nuestro interés evangelizador.

Se observa en no pocos cristianos una resistencia, o al menos una gran dificultad, para el diálogo con los no creyentes y para llegar a una confrontación honesta entre fe y cultura. Por ejemplo, una dificultad para un diálogo sincero con la sociedad que contribuya a una sana laicidad y permita construir una convivencia en común. Algunas aportaciones señalan una postura de rechazo de la Iglesia ante determinadas situaciones que se dan en una sociedad democrática, pluralista y laica: homosexualidad, matrimonio no heterosexual, diferentes modelos familiares, etc.

El lenguaje y la tipología de nuestras actividades pastorales, conecta poco con la realidad de las personas alejadas, donde algunos ritos y lenguajes no se entienden y están descontextualizados de la realidad actual, especialmente con los jóvenes. Por ejemplo, no se presta la atención debida a la multitud de jóvenes que hay en torno a las hermandades. Se habla mucho de sus defectos y casi nada de sus posibilidades y, sobre todo, no se les ofrece una propuesta evangelizadora que tenga en cuenta sus centros de interés.

Otro factor distanciador es el lenguaje de la liturgia que parece encorsetado, no acorde a los tiempos y, en ocasiones, inentendible. Nuestras eucaristías no están muy cuidadas y son poco atractivas, aunque también es cierto que la liturgia es desconocida y difícil de adaptar. Sin embargo, para muchos jóvenes de hoy, la piedad popular es un elemento vinculante y la estética de la liturgia o paraliturgia genera cierta atracción, ofreciendo una oportunidad de acercarse al misterio a través de la belleza.

Hay que mejorar la relación con los centros docentes y con otras instancias de los barrios y pueblos para establecer estrategias conjuntas de implicación con las familias, especialmente en las zonas más periféricas. Por ejemplo, la brecha digital o falta de medios tecnológicos de algunas familias se ha puesto de manifiesto en la pandemia, impidiendo el acompañamiento y seguimiento en la catequesis, la educación formal, la atención socio-caritativa, etc.

La ausencia de presencia en las redes sociales implica una falta de integración social en la vida de muchos pueblos y una deficiente comunicación de las parroquias a la hora de dar a conocer y permear su labor. Por otro lado, la orientación de los medios de comunicación diocesanos debe representar la pluralidad social y política de nuestra sociedad, pues la comunión solo se puede construir desde la libertad y la diversidad. También la página web debe modernizarse.

En muchos de nuestros generosos voluntarios falta una adecuada formación y habilidades sociales y no siempre existe relación entre misión y vocación. Existe una incoherencia entre la Doctrina Social de la Iglesia y su praxis, siendo sus principios un elemento esencial en la tarea evangelizadora de la realidad social, apenas tienen presencia en los planteamientos pastorales y, de algún modo, son irrelevantes en la vida y misión de la Iglesia. Por ejemplo, no existen planes de atención socio-caritativa en muchas parroquias ni se funciona con los criterios del Modelo de Acción Social de Cáritas, atendiendo a las personas necesitadas con criterios adecuados. En algunas parroquias ni siquiera existe un equipo de Cáritas, se hace muy poco por combatir las causas del empobrecimiento y falta denuncia profética de las problemáticas sociales que afectan a sus fieles.

Otro ámbito periférico de la acción pastoral es la atención a los enfermos desde la pastoral de la salud. En la lucha por seguir sosteniendo la presencia religiosa en los hospitales, los perfiles de capellanes y voluntarios no siempre son los más adecuados, así como la ausencia de un proyecto de pastoral hospitalaria común y de coordinación entre capellanes y párrocos para un adecuado seguimiento espiritual de enfermos y familiares. También se demanda un proyecto de voluntariado que de cobertura formal y legal de las intervenciones de los voluntarios en los diversos ámbitos de actuación (domicilios, parroquias, hospitales,...) y para la formación y capacitación para atender adecuadamente estas situaciones, como por ejemplo el acompañamiento en el duelo o la atención a enfermos con otras creencias y prácticas religiosas.

En el ámbito educativo, la tensión y conflicto de algunos profesores de religión con compañeros y directivos del centro impide un desarrollo más amplio de su labor educativa y testimonial. En el caso de los profesores de Religión Católica, el reparto de horas generalmente entre varios centros y localidades, impide una relación más cercana y continuada con el alumnado más allá de lo meramente lectivo y, una coordinación y vinculación con la parroquia.

Por concluir, recogemos en este apartado una última paradoja. Siendo las personas mayores el colectivo más presente en la vida de la Iglesia, se sienten marginados no solo por la sociedad y la familia, sino también por la Iglesia: "Nos están descartando, ignorando, confinando, aislándonos en las residencias" reclama una de las intervenciones. Hay urgencia también de una «Pastoral del Mayor».

10. La escasez de recursos

Hemos hablado ya de la limitación que experimentamos en cuanto a los recursos humanos: clero, vida consagrada y laicado. Dedicamos este apartado a recoger las aportaciones referidas a la escasez de recursos materiales.

Algunas parroquias experimentan un gran deterioro en sus instalaciones y tienen que afrontar la rehabilitación y restauración de templos, salones, casas rectorales, etc. Contamos con edificios difíciles de mantener y conservar, especialmente en zonas rurales o desfavorecidas donde, además, sostener las aldeas y los pueblos pequeños se hace muy dificultoso por la pobreza en recursos humanos y materiales. Especialmente costoso es el sostenimiento de los bienes inmuebles y muebles de algunas parroquias con un alto contenido patrimonial.

En muchas de estas parroquias las colectas suelen ser mínimas y no alcanzan muchas veces el mantenimiento parroquial. Pero esto no puede hacer que nos mostremos como una institución con intereses materialistas y pecuniarios. Más bien hay que activar la comunicación de bienes a niveles arciprestales y diocesanos y la conciencia de los fieles sobre el sostenimiento de la Iglesia católica.

El Fondo Diocesano de Comunicación Cristiana de Bienes y, por otro lado, la Comunicación Cristiana de Bienes, no avanza en algunos arciprestazgos y/o parroquias. La tarea de comunicar y sensibilizar para hacer partícipe a la comunidad cristiana en particular y a la sociedad en general, requiere mayor fuerza y esfuerzo.

Ante la limitación económica propia de una diócesis con pocos recursos se pide un mejor aprovechamiento de estos y de las infraestructuras diocesanas. Inadecuación de los medios que se usan a las nuevas realidades que se viven y al sentir de la sociedad de hoy. Gran retraso en el conocimiento y uso de las nuevas tecnologías y redes sociales. Otras instituciones dedican mayor presupuesto a la modernización de sus instituciones, a la imagen y fidelización de su público y al esfuerzo comunicativo.

La acción social y caritativa está sostenida en parte por financiación externa, aunque no ocurre así en todos los ámbitos de la pastoral social, ya que algunos proyectos del ámbito de la salud requerirían de este apoyo económico para engrosar el número de personas dedicado, algunos incluso de manera remunerada. Por otro lado, la emergencia sanitaria ha generado una sobrecarga en la acción de las cáritas parroquiales sin muchos recursos humanos ni materiales, llevando a algunos servicios al borde del colapso.

La escasez de transparencia por parte de los ingresos parroquiales, la ausencia de consejos económicos o la renovación de los mismos, y la falta de conocimiento y de un correcto asesoramiento a los párrocos en materia de gestión, conducen a cometer errores y favorece el sentimiento de invulnerabilidad en el clero y la desconfianza del laicado ante los abusos de poder y la ausencia de rendimiento de cuentas.



AMENAZAS

Introducción:

La contraculturalidad del Evangelio

Nos encontramos con un entorno progresivamente indiferente, hostil, amenazante y cambiante hacia la Iglesia y sus pastores desde la sociedad y desde los gobiernos. No es algo nuevo. Es una situación que se repite en la historia. No encontramos ninguna época en la que la Iglesia no se haya visto amenazada, no solo como institución sino, lo que es peor aún, en su mensaje y fines.

La persecución y la difamación son una constante en la historia de la Iglesia y, sin duda, en sus distintas formas y expresiones, dificultan su actividad a todos los niveles (parroquias, movimientos, diócesis y a nivel nacional e internacional) como de hecho sufre la Iglesia perseguida en todo el mundo en su defensa de los últimos.

Los obstáculos a los que nos enfrentamos están en el concepto general que tiene la sociedad sobre la Iglesia, sobre todo por desconocimiento de la verdadera labor que realiza. Existe un cierto desprestigio de la fe y las prácticas religiosas, incluso no falta la ridiculización a algunos cristianos en sus ámbitos más cotidianos, como el laboral. Esto lleva a un repliegue contrario al dinamismo misionero propio de la Iglesia.

Hay un rechazo social a identificarse con la Iglesia, sobre todo entre adultos de edad media y jóvenes. La religión se considera enemiga del poder del Estado y es blanco de políticas restrictivas o que atentan contra la moral de la Iglesia, queriendo relegar la experiencia de la fe al ámbito privado.

La pregunta es: ¿puede alguna amenaza impedir totalmente nuestra actividad? Rotundamente no. Como dice la carta a los Romanos: “¿quién nos separará del amor de Dios?” (cf. Rom 8, 35-39). Pero, como veremos a continuación, sí puede dificultarla y condicionarla, hasta tal punto que la desfigure.

1. La secularización de la Iglesia y de las costumbres cristianas

Vivimos un ambiente altamente secularizado en el que, entre otros síntomas, se destacan: los prejuicios, la pérdida de confianza y una cierta beligerancia, sobre todo ideológica, ante la Iglesia; el desconocimiento de la Palabra de Dios; la devaluación del sentido de trascendencia; la indiferencia religiosa, etc. La Iglesia se presenta como un estereotipo del pasado ya superado cuyas propuestas no responden a las necesidades actuales e incluso se oponen a los derechos sociales. Una intrusa en determinados aspectos sociales, poco atractiva, desfasada y envejecida.

Un laicismo militante y sectario pretende eliminar de la esfera pública toda presencia de lo religioso. Es reconocible un cierto programa de laicidad desde el ámbito de la política –con la repercusión de algunas leyes civiles–, el pensamiento y la cultura, cada vez más presente y activo.

Uno de los aspectos más agresivos de este laicismo creciente es la aparición de un ateísmo militante y proselitista que, además, ha desarrollado una doctrina apologética destinada a combatir el cristianismo y cuyas consignas se repiten machaconamente en medios afines, calando poco a poco en la sociedad.

De este modo, va penetrando en la Iglesia, en sus costumbres y, sobre todo, en sus miembros, en quienes se percibe un creciente secularismo de pensamiento que afecta a sus decisiones, a su visión de la realidad y ante la vida, y a su coherencia con el Evangelio y la fe de la Iglesia, produciéndose una clara pérdida de identidad. La fe se descafeína porque o se descafeína la doctrina o no se acepta. Una fe de eslogans y prejuicios, sin fundamentación –incluso en los sacerdotes– y el requerimiento de una religión “a la carta”, la solicitud de sacramentos “exprés” sin una motivación auténticamente cristiana y, en definitiva, una descristianización de la propia vida de la Iglesia.

Ante el choque con las nuevas formas de vida y de pensamiento existentes en la sociedad, hay la tentación de suavizar o desafinar el mensaje y relajar sus exigencias con la excusa de acercar a más personas a la parroquia. La Iglesia no es una empresa ni una ong y, cuando quiere jugar ese papel en medio del mundo, pierde su propia identidad y lo nuclear pasa a un segundo plano. No podemos perder el equilibrio entre la labor humanizadora de la Iglesia, presente en medio del mundo, y la espiritual que pone el horizonte en Dios.

Se advierte del peligro de convertir la fe en un evento cultural –“una fe, sin fe”–. La religiosidad que gana terreno es la que se desliga de la fe, desembocando en una fe popular “deformada”, que no es exactamente lo mismo que “piedad popular”. Las imágenes son tomadas como deidad practicándose la idolatría sin ninguna referencia a la trascendencia y sin una implicación ética ni práctica.

En este aspecto de la socialización y deformación de la piedad religiosa, se produce una apropiación indebida e instrumentalización de las hermandades y cofradías por parte de entes no cristianos –propaganda política, publicidad de empresas, etc.– o la creación de asociaciones civiles con fines religiosos para escapar de la vigilancia que compete a la Iglesia. Las hermandades se han convertido, para muchos, en un lugar de promoción social más que de servicio, en entidades religiosas que sustituyen a la propia Iglesia y, a menudo, en confrontación con ella. En sus miembros, se reconoce una falta generalizada de síntesis entre fe y vida y una nula inserción en la vida parroquial y diocesana. Algunos conflictos entre hermandades se han socializado, dificultando la búsqueda y desarrollo de sus propios fines como asociaciones públicas de fieles, además de ser un antitestimonio. También, los cofrades son objeto de una cierta cristianofobia social.

Cada curso los profesores de Religión son objeto de elección por parte de las familias y el alumnado y en la mayoría de las ocasiones lo que valoran es la facilidad u otros aspectos que no redundan en el nivel de la asignatura. Junto a esto, la situación legislativa de la asignatura de Religión, su devaluación progresiva y la reducción de su presencia en los centros afectan a la calidad de su enseñanza. La situación laboral de este profesorado y la continuidad de las escuelas católicas se ve altamente amenazadas, en la experiencia constante de ser objeto de las continuas reformas educativas con base más ideológica que social, provocando incertidumbre y desasosiego.

Los contenidos educativos son cada vez más contrarios a la doctrina de la Iglesia, donde se permite una invasión cultural en detrimento de nuestra cultura cristiana y un adoctrinamiento ideológico que atenta contra la moral y la praxis de la Iglesia. Por otro lado, algunos profesores de Religión son percibidos, por padres y sacerdotes, como una amenaza, porque, en medio de estas tensiones, se convierten en voceros de una doctrina pseudocristiana. La pasividad de algunos docentes que no consideran la importancia de su misión, impide que su presencia sea una oportunidad evangelizadora en medio de los centros.

Finalmente, frente a esta secularización existe un movimiento reaccionario de clericalismo que supone otra deformación de la vida y misión de la Iglesia y que implica una concepción del sacerdocio basada en el privilegio, el estatus y el poder, concepción que se extiende a la institución de la Iglesia. La aparición de escándalos y abusos –sexuales o de poder– dentro de la propia Iglesia daña la confianza social.

2. El inmanentismo insolidario y la cultura del descarte

El materialismo consumista reinante genera autosuficiencia y desprecio por lo espiritual. Una sociedad que detesta hacerse preguntas o que silencia a quien las hace, prefiere ofrecer respuestas prediseñadas o elaboradas en la fábrica de la postverdad. La ausencia de formación y conciencia de lo trascendente, en pos de una sociedad inmanentista del bienestar, está generando una ciudadanía cada vez más inmadura en la que impera la cultura del descarte que sitúa en el centro la productividad y el rendimiento, en detrimento de la persona y el respeto por su dignidad inalienable.

El descarte de Dios y del hecho religioso en la sociedad en general y en la vida de las personas, es apoyado por corrientes del pensamiento moderno, por los medios de comunicación y sistemas educativos que van conformando una cultura y una forma de vida individualista y hedonista, contraria a la solidaridad y el bien común. Estos síntomas son reconocidos como especialmente graves en niños y jóvenes.

Se denomina progreso a esta cultura contraria a la vida y a la solidaridad, a través de leyes como la de la eutanasia y otras que avanzan bajo la máscara de nuevos supuestos derechos –relacionados especialmente con la ideología de género–. Estas leyes, que se van imponiendo más allá de gobiernos locales o nacionales, generan rechazo a la Iglesia por ser la única institución que defiende la vida y dignidad de la persona desde su concepción hasta la muerte natural.

Se detecta una gran falta de compromiso social y de participación ciudadana, en una sociedad de consumo donde las personas son cada vez más empobrecidas y deshumanizadas. Muchas personas buscan vínculos con entidades que le aporten beneficios pero que no les comprometan excesivamente, escaseando el asociacionismo como parte del tejido social. Además, la normativa en materia de voluntariado y sus requisitos legales dificultan ese compromiso.

La concepción o consideración errónea de la figura del pobre, mirando más la inmediatez de una respuesta asistencial y no los procesos que activan una “caridad efectiva”, es una amenaza al Modelo de Acción Social de Cáritas. Esto genera discrepancias internas respecto a los criterios y pautas en la acción socio-caritativa compartida. Para que la dignidad de la persona sea el centro de nuestra acción social y caridad, no se puede improvisar, reclama Cáritas.

Ese existencialismo materialista exacerbado, el ocio y el consumismo compulsivos, la búsqueda de la riqueza y el poder como éxito personal, nuevas leyes que regulan y debilitan la libertad de conciencia y de expresión, la falta de valores humanistas, la provisionalidad y “liquidez” en las relaciones, las decisiones y los compromisos, etc. deforman radicalmente el sentido humano de la existencia impidiendo en muchos jóvenes adentrarse en la propia búsqueda vocacional y hacer apuestas vitales más definitivas.

Este modo de conducirse con criterios materialistas corrompe también a la Iglesia cuando administra sus asuntos con los criterios de otras instituciones, buscando rentabilidad y prestigio, en vez de cumplir nuestros fines. Para luchar contra esto es importante la transparencia, principalmente en materia económica, y el buen gobierno. “La religión verdadera y perfecta ante Dios, nuestro Padre, consiste en esto: ayudar a los huérfanos y viudas en sus necesidades y no contaminarse con la corrupción de este mundo” (St 1,27).

3. La cultura digital y los nuevos modelos antropológicos

“La Iglesia escribe con pluma y tintero y la sociedad escribe en redes sociales”, sentencia una de las intervenciones. La poca presencia y proactividad de la vida de la Iglesia en los medios digitales sigue poniéndonos en el desafío de avanzar adecuadamente en este espacio de evangelización y encuentro que permite salvar distancias. Sin embargo, esta cultura mediática también acarrea algunas amenazas.

El vertiginoso avance tecnológico y la deshumanización que en muchos casos provoca obligan a la Iglesia a estar en un estado de permanente actualización. Esta ansiedad y aceleración por “estar al día” en el uso de los medios puede hacer perder la carrera de fondo que supone la tarea cotidiana, a través de medios sencillos y austeros. Esto exige, pues, un adecuado equilibrio.

Por otro lado, la proliferación de las fake-news, en las que se globaliza una visión deformada, manipulada e interesada de la vida de la Iglesia, y que, entre otras prácticas, filtran titulares sobre hechos ocurridos –o presuntamente ocurridos– en otras Iglesias particulares, generalizando una opinión pública contraria. Lo bueno de la Iglesia se silencia, lo malo se magnifica. Los usuarios de la información toman como dogmas opiniones de columnistas y tertulianos a menudo poco formadas. Disminuye la capacidad crítica, la búsqueda sincera de la verdad y el ejercicio del discernimiento.

La excesiva digitalización ha generado distancia social y dificultad para un verdadero encuentro y la relación “cuerpo a cuerpo”. En ocasiones, la comunicación tiene por destino o receptor al propio emisor. Así, nos encontramos con una comunicación hedonista, muy centrada en la imagen, que deja de mirar al interlocutor –muchas veces desconocido– y, por tanto, ignora sus necesidades. Además ha generado nuevas dependencias y adicciones, como las apuestas deportivas, los juegos en red o el ciber porno, y nuevas formas de violencia, como el ciberacoso.

Los avances científico-técnicos no son neutrales y están en poder de una minoría que mantiene el control y dirige su desarrollo. Más peligroso aún son las visiones reduccionistas sobre el ser humano como la ideología de género, el transhumanismo o el neurocientificismo, que se sitúan como base antropológica que justifica un cambio en la concepción del ser humano y se postulan como camino de evolución imparable.

4. La polarización política y la dispersión social

Los extremismos, la intensa polarización de la masa social y el condicionamiento de los lobbies nos pueden llevar a una división interna si la vida de la Iglesia se deja arrastrar por las ideologías y la cultura dominante. Mientras que se vincula a la Iglesia con el poder y la ideología conservadora, la defensa de los derechos sociales parece exclusiva de los grupos de izquierda. El incremento de los populismos y radicalismos ideológicos –sean de derecha o de izquierda– tensionan y fragmentan la sociedad infiltrándose de algún modo en la Iglesia e ideologizando el mensaje del Evangelio. Así, se acaba incurriendo en grandes contradicciones. Esta constante intromisión e ingerencia daña la comunión en la Iglesia y desfigura la “sana doctrina” (cf. 1 Tim 1, 13).

Un obstáculo para el desarrollo de la dimensión sociopolítica de la fe es ese concepto y vivencia de la política actual que se ha convertido en un espectáculo que prescinde de la pasión por lo común, de la búsqueda de la cooperación y el diálogo para afrontar los problemas y generar verdadera justicia. La política ha perdido su auténtico significado y dimensión de servicio, una manera de ejercer la caridad, promoviendo leyes al servicio del bien común, del cuidado de la vida y la protección y promoción de los débiles y desfavorecidos. Por el contrario, la nueva forma de gobernar se sirve de la legislación para imponer sus criterios a golpe de decreto y sin buscar ningún tipo de consenso.

La política no parece entusiasmar mucho a los jóvenes, aunque un 42,3% considera que su participación en ella puede contribuir a una mejora social. La mala consideración de la élite política no mueve a una implicación activa de los jóvenes que, sin embargo, comulgan con los postulados más extremistas –40% de extrema izquierda; 22,8% de extrema derecha–. Aunque también existe en ellos un sincretismo ideológico y, sobre todo, un gran distanciamiento entre la idea y la praxis. Sí se reconoce un mayor activismo a través de las redes, generalmente reaccionario y con poco sentido crítico. Entre los grandes temas sociales que preocupan a la juventud está el cuidado del medio ambiente y la defensa de la diversidad social: de género, étnico, religiosa...

Otro factor de dispersión social es la movilidad por motivos laborales, de ocio o descanso, etc. Muchas familias tienen su domicilio habitual en localidades distintas a su lugar de trabajo o pasan sus descansos y periodos vacacionales en una segunda vivienda. Especialmente reseñable es la movilidad de los jóvenes por motivos de estudio o trabajo, especialmente en las zonas rurales. El trabajo y el resto de ocupaciones de la gente absorben mucho tiempo de sus vidas. Mucha oferta para las familias de instituciones como los ayuntamientos, las escuelas, los clubes deportivos, etc. restan tiempo para participar de la vida de la Iglesia. Todo esto condiciona y limita la acción pastoral de muchas parroquias.

La cultura moderna crea en los adultos, con frecuencia, una gran carga de tensión, que le produce muchas veces una sensación de agobio. Experimentan la necesidad de relajarse y divertirse, descargar la agresividad acumulada. Para superar el aislamiento y sentirse apoyado en sus opiniones, buscan relaciones en un grupo de amigos con un código de ideas semejante al suyo, lo que le supone un descanso en sus tensiones diarias. Por el contrario, es reacio a una dinámica comunitaria que va a poner en tela de juicio sus opiniones y estilo de vida, le va a sacar de su zona de confort, suscitando en él un buen número de interrogantes y poniendo en contacto con hombres y mujeres desconocidos y diversos ante los que va a sentirse interpelado interiormente. Juzga que su vida ya está suficientemente problematizada para meterse en esa dinámica.

Un último apunte se refiere a la marginalidad de algunas zonas de la capital y su repliegue, que condiciona y limita la presencia de comunidades marginales en la vida de la parroquia y la integración con personas de otros contextos sociales. Junto a esto, la invisibilidad de las personas sin hogar y la proliferación de asentamientos chabolistas y de guetos vinculados a la población inmigrante, dificultan la acogida e integración de estas personas en la comunidad.

5. La crisis de la familia

No podemos mantenernos en la creencia de que los niños y los jóvenes actuales crecen en el seno de hogares cristianos sin acabar de adaptarnos a una realidad que ya no es así. La secularización de las familias es una auténtica amenaza: familias desestructuradas; cambio de roles; desintegración de la identidad personal y desorientación afectivo-sexual a través de la ideología de género; revalorización de la vida "single" y falta de compromiso "para siempre"; el avance de una cultura contraria a la vida; etc., son algunos de sus síntomas.

La familia cristiana compite hoy con otras ofertas que ocupan la agenda de actividades de los hijos postergando, e incluso renunciando a los procesos de iniciación cristiana y otras propuestas de la Iglesia. Mientras se valora grandemente las actividades del mundo cultural o deportivo como algo más beneficioso para los hijos, no ocurre así con las catequesis u ofertas coeducativas de inspiración cristiana llamadas a ocupar parte del tiempo libre de los hijos que, por otro lado, cada vez es más escaso. Esto, por ejemplo, condiciona la vida de muchas familias jóvenes que ocupan sus agendas dominicales con estas actividades, prescindiendo de la Eucaristía o participando en ella al margen de una comunidad parroquial de referencia. A esto hay que sumarle, como hemos dicho en el apartado anterior, la movilidad familiar los fines de semana, especialmente en la capital, donde muchas familias se trasladan a segundas viviendas.

El miedo al compromiso para toda la vida retrasa la decisión de parejas jóvenes que viven juntos sin el planteamiento de contraer matrimonio a corto plazo. Existe aún una gran confusión entre unión civil y sacramento, donde éste se limita al rito sacramental y no a una vocación que atraviesa la existencia y se desarrolla en el tiempo. La celebración de bodas y sacramentos de iniciación cristiana en contextos devocionales o en el ámbito de la escuela, desarraiga a los fieles de una comunidad parroquial de referencia y, en muchos casos, los deja sin integración eclesial.

La política y cultura dominante favorecen otros modelos de familias, que además son proyectados en los medios de comunicación en un empeño de normalización. Esto educa una nueva conciencia sobre la familia en los jóvenes y niños que consideran la antropología cristiana, cada vez más, como una convención ya superada y un sometimiento moral que merma la libertad personal. En general, se muestran poco interesados en las relaciones de pareja, a pesar de ser muy activos en su vida sexual.

A esto se suma el poco interés de los padres en la educación de sus hijos y el abandono de la transmisión de la fe en el hogar, incluso en familias cristianas practicantes. La desestructuración de muchas familias donde los padres viven separados y los hijos alternan sus hogares o la poca dedicación de los padres para con sus hijos debido a las condiciones laborales, son factores condicionantes en este acompañamiento en el despertar religioso y la iniciación cristiana.

Observamos, pues, una gran falta de religiosidad familiar y doméstica, muchas veces sostenida por la piedad popular y el papel que ejercen algunos abuelos en la educación cristiana y transmisión de la fe. Ese papel, que tan determinante es, en unos años se prevé que no será asumido por los padres de hoy. Por otro lado, los abuelos están cada vez más sobrecargados supliendo la ausencia de los padres con lo que les queda poco tiempo para participar en la vida de la Iglesia y ocuparse de alimentar su propia vida de fe.

Muchas familias de zonas periféricas están afectadas por una realidad de exclusión: drogas, prisión, niños con fracaso escolar y falta de estabilidad afectiva, ausencia de jóvenes con estudios medios o superiores y situación de paro cronificada. Las familias acuden a las parroquias para hacer demandas de ayuda material, pero no para acercarse al Evangelio, compartir y crecer en su vida de fe.

Finalmente, la disminución demográfica de la natalidad es un serio problema social que afecta también a la vitalidad de las parroquias. Las escuelas católicas se ven amenazadas en la reducción de sus líneas en infantil por este descenso demográfico. También se ven muy afectadas por la baja natalidad las localidades rurales, especialmente en la zona de la Sierra, donde los municipios son más pequeños.

6. Espiritualidad a la carta y relativismo moral

Aunque, tal y como hemos visto, existe cierta indiferencia y pasotismo ante lo religioso –considerado como algo trasnochado en las nuevas generaciones–, la falta de búsqueda de la trascendencia lleva a un vacío espiritual que se intenta llenar con diversiones variadas y con algunas propuestas de autoconocimiento personal. Lo espiritual queda relegado a lo íntimo y subjetivo de tal modo que cada uno cree en lo que quiere y como quiere.

Las creencias personales son, cada vez más, en dioses impersonales. Abunda el sincretismo religioso. Por ejemplo, en los jóvenes católicos practicantes nos encontramos que un 88% que considera a “Dios como padre bondadoso que nos cuida y nos ama”. Junto a esto, solo un 77,1% considera la vida después de la muerte, un 50,1% cree en la reencarnación, un 65,2% en el Karma, un 36,6% en las artes mágicas, un 36,6 en las energías curativas y un 34,1% en la predicción de futuro. Esta estadística sobre la relación de los jóvenes españoles con el hecho religioso pone de manifiesto, por un lado, cierta inquietud espiritual y, por otro, una deficiente o deformada formación religiosa en general.

Del individualismo espiritual resulta un relativismo moral también muy subjetivo. Una espiritualidad sentimentalista basada en el bienestar emocional, que reemplaza la virtud teologal de la fe por la superstición y vive una esperanza no referida a las realidades últimas y definitivas que anuncia el Evangelio, no puede más que desembocar en una práctica moral egocentrista, ausente de culpa y conciencia de pecado, y ajena a todo compromiso social.

La fe católica es presentada a menudo como “una más” dentro del mercado de las espiritualidades, incluso por muchos miembros de la propia Iglesia. El *folklorismo* en el que se cae en ciertas manifestaciones tradicionales de la religiosidad popular, hace también perder su sentido verdaderamente cristiano. Esto, sumado a otras suertes de sincretismo religioso y espiritualismo desencarnado evidencian la falta de un encuentro real y conversión a Jesucristo, Señor de la Vida.

La parroquia, tomada por muchos fieles como mera dispensadora de sacramentos puntuales, no es un lugar de pertenencia y vida comunitaria donde la fe, la esperanza y la caridad es compartida bajo el signo del *sensus fidei* y la comunión, dentro de la diversidad de carismas y experiencias espirituales que, en ocasiones, se viven de forma enfrentada. La pobreza espiritual y la falta de cultura religiosa integral demandan una adecuada formación y acompañamiento espiritual. Como detalle de algunos esperpentos, una de las parroquias comenta: "Tenemos hasta una vidente..."

También se aprecia un creciente protagonismo de otras confesiones en los pueblos, especialmente asociadas al fenómeno de la inmigración. Esta presencia no es en sí misma una amenaza, pero dibuja un paisaje cultural cada vez más plural y menos exclusivamente cristiano. Por otro lado, algunos intereses particulares usan esta pluralidad para generar confrontación y confusión social. Junto a esto, grupos sectarios ajenos a la Iglesia aprovechan su nomenclatura, sus signos y símbolos para engañar y atraer a nuevos adeptos.

7. El desprestigio institucional y del clero en particular

Ya hemos hablado de la repercusión que ha tenido sobre la Iglesia actual la campaña de desprestigio que esta ha venido sufriendo los últimos años. Los errores cometidos, como los abusos de menores y de conciencia, especialmente perpetrados por algunos sacerdotes, han dañado mucho la imagen y credibilidad de la Iglesia.

El clero, que experimenta cierta "soledad" por disparidad –*grosso modo*– entre nuestros retos, aspiraciones y metas respecto de los de la sociedad, se ve altamente exigido por los fieles y la sociedad en general, ignorando la propia limitación humana y la necesidad de ser acompañado y cuidado en su particular vocación y misión. El sacerdote no tiene en su mano la respuesta a todas las problemáticas y dificultades con las que nos encontramos, ni debe excederse de sus propias competencias, ni dentro ni fuera de la Iglesia.

A veces, la búsqueda interesada de instituciones como las corporaciones municipales, las asociaciones civiles, las ONGs, etc. de un aliado en la Iglesia para sus intereses particulares, acaba confundiendo a la población y desprestigiando la labor de años. Especialmente en pueblos pequeños, esto puede generar mucha división y arrasar con lo que, después de mucho esfuerzo, se ha construido.

Conocer y poner en marcha acciones sobre desafíos actuales como el cuidado de la Casa Común, el problema de la inmigración, entre otros, son anecdóticas y cada vez más se nos hace más tarde para integrar en la vida cristiana estos temas. Otros grupos nos llevan la delantera en esto y muchas veces, desde la clave del trabajo en red, no los descubrimos como aliados para construir una sociedad más justa, solidaria y participativa.



FORTALEZAS

Introducción:

“Nuestra fortaleza es nuestra debilidad”

En nuestros análisis suele resaltarse más lo negativo y olvidarse lo positivo. La poca alegría que transmitimos es un factor en contra de la propia credibilidad como institución y como creyentes particulares. Por eso, es importante ver que las debilidades, siempre abren puertas a nuevas posibilidades. Entender que “nuestras empresas” no las llevamos nosotros, sino que contamos con la fuerza del Espíritu Santo y gracia y que, en todo caso, las debilidades son la pedagogía de Dios para nuestra purificación y la de nuestras obras.

La entrega, disponibilidad y servicio en los distintos agentes de la pastoral, con sus muchas capacidades que pueden enriquecer la vida de la Iglesia es una de las grandes fortalezas. Hay personas que permanecen en su servicio, muchas de forma desapercibida: archivos parroquiales, despacho, limpieza, catequesis, etc.

La presencia de comunidades religiosas en algunas parroquias, de un núcleo comunitario reducido con verdadera experiencia de fe personal y que demandan procesos de crecimiento creyente y de formación en lo esencial o la disponibilidad de un voluntariado presente en muchas acciones socio-caritativas, junto al amor y el celo por la nueva evangelización, se traducen siempre en fuerza creativa que repercute positivamente en nuestros ambientes.

El anuncio del Kerygma, es la experiencia fundamental que sostiene nuestra vida cristiana y que podremos comunicar a otros. Porque «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE, 1). El acontecimiento que es Cristo en nuestra vida es la mayor fortaleza de la Iglesia para nuestro hoy, que existe para evangelizar.

A pesar de ser una diócesis pequeña, o gracias a que lo somos, podemos solventar las dificultades con sencillez, desde la generosidad y el servicio, permaneciendo, como lo ha venido haciendo la comunidad cristiana en nuestra tierra a lo largo de los años, perseverando y sin desfallecer, confiando en medio de las noches oscuras.

1. El depósito de la fe y la constancia de los fieles

Nuestra gran herencia es la fe en Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres, capaz de remover conciencias y destruir todas las barreras posibles.

La fe siempre es la misma y además inalterable (depositum fidei), no es una hoy y otra mañana. Este carácter inalterable de la fe es una fortaleza para el anuncio del Evangelio y el cumplimiento de la misión de la Iglesia. La indudable vigencia del mensaje cristiano, la fuerza de lo que propone y la certeza de que seguimos el verdadero camino, en nuestra parroquia y en la Iglesia universal, y la concepción vocacional de la vida como factor de trascendencia, de proyecto de vida y realización histórica y personal de una vocación.

El cuidado de nuestros pastores ha sido y es una garantía de permanencia. Hemos tenido y tenemos obispos que siempre han sido pastores cercanos a los sacerdotes y a los fieles, un constante impulso y apoyo, y siempre han animado y estimulado fervientemente a todas las personas y obras de nuestra Iglesia, con su ejemplo y sus palabras, guiándonos para que sea una Iglesia en salida y cercana a los empobrecidos y descartados.

La sabiduría acumulada de la Iglesia y el don del discernimiento en los superiores, fiándonos de su experiencia y consejo, sostenido en la Palabra de Dios; el intento continuado de llevar adelante la acción pastoral y evangelizadora, aunque se haya errado en los métodos y medios; tantos adultos sosteniendo grupos de catequesis, juveniles o de otro tipo; la protesta pública y privada de la fe con los sagrados titulares en las hermandades; la profunda devoción mariana en sus múltiples advocaciones; o el ejemplo de muchos creyentes anónimos, como tantas abuelitas que se preocupan de la formación de sus nietos, entre otros, son ejemplos de la paciencia y constancia del Pueblo de Dios.

La Iglesia cuenta con una buena red de parroquias con recursos materiales y humanos básicos para su funcionamiento y, en la sociedad, alianzas con organizaciones bien estructuradas que aportan recursos y plataformas que, bien aprovechadas, podrían dar unos excelentes frutos. Posee sus propios medios de difusión y tiene fácil acceso a los de titularidad privada. También somos herederos de un depósito inmaterial y patrimonial que nos aporta recursos para el sostenimiento de la Iglesia.

2. La comunión doctrinal y pastoral

La pluralidad de la comunidad eclesial (en edades, procedencias, estados de vida y carismas) ofrece un espacio de integración en la diversidad. La Iglesia puede (y debe) ofrecerse como un espacio de escucha y misericordia, de acogida universal, libertad y gratuidad. Son rasgos muy valorados sobre todo por los jóvenes de hoy.

La Iglesia también puede ofrecer un ámbito de identidad y pertenencia, una referencia para elaborar el propio pensamiento crítico, un espacio de protagonismo y cuota de participación en la clave de la corresponsabilidad y comunión. Y una gran diversidad de campos de misión: parroquias, asociaciones varias, pastoral juvenil, ámbito político, hermandades, sindicatos, familia ...

Ante la falta de unidad de criterios pastorales y doctrinales, que crean división en la comunidad, la comunión pastoral y doctrinal es una importante fortaleza. En este sentido, hay pastorales muy bien organizadas que están funcionando bien, con un laicado comprometido.

Alcanzamos consistencia en nuestros proyectos cuando los elaboramos en comunión, compartiendo experiencias. En este sentido, algunos arciprestazgos valoran la comunicación y comunión entre sus distintas parroquias. Poder contar con un plan diocesano que oriente la pastoral de toda la diócesis y establecer instrumentos de evaluación de estos planes, garantiza su cumplimiento, fomenta y estimula la vida de los laicos. También hay sacerdotes con mucho sentido de diocesaneidad que promueven las acciones comunes entre sus fieles.

La parroquia es, sin duda, un lugar geográfico de referencia social, pero también un espacio emocional que genera vínculos. La Iglesia como una gran red social, en relaciones y acompañamiento a lo largo de toda la existencia, es un importante factor de cohesión y participación en nuestros barrios y pueblos.

También hay una buena respuesta de las comunidades religiosas (especialmente femeninas) a las convocatorias de CONFER. A pesar de ser comunidades de vida consagrada con miembros de edad muy avanzada, están presentes en múltiples acciones pastorales de la vida diocesana, sosteniendo una importante y callada labor en su mayoría. Son comunidades abiertas a las necesidades que surjan, dándose la colaboración inter-congregacional en algunos servicios dentro de la diócesis, especialmente en proyectos sociales.

Finalmente, se puede sacar partido a los Consejos Pastorales Parroquiales como oportunidad de conocerse los movimientos, hermandades, grupos de la parroquia y, por otro lado, un ámbito donde los párrocos pueden repartir tareas y responsabilidades, compartir el uso de los recursos de la parroquia y poner en valor el trabajo de cada uno.

3. La fraternidad sacerdotal

La fraternidad sacerdotal, bajo la guía y el gobierno del Obispo, permite salvar la misión y responsabilidad de cada uno en su parroquia o ámbito pastoral, viviendo con el resto de compañeros una misma misión compartida. Saberse acompañado por los compañeros, especialmente en las dificultades, es siempre un apoyo y un bálsamo.

La disponibilidad del clero en su estado célibe ofrece mayor capacidad de trabajo, sin caer en el activismo. El compromiso sacerdotal de anunciar y vivir el Evangelio, con sinceridad, verdad y transparencia de vida, cuando la vida está presidida por el amor de Dios, es siempre una fuerza que interpela positivamente al prójimo y estimula la vocación sacerdotal en otros jóvenes. En este sentido, contamos con un Seminario con cierta fecundidad. Hay vocaciones aunque nos parezcan insuficientes.

Hay un estimable número de sacerdotes bien preparados y entregados a su labor pastoral cuyos frutos son evidentes. Con seguridad se podrían multiplicar si tuvieran la capacidad y decisión de trabajar en equipo y dar continuidad a determinados proyectos pastorales en lugar de dejarlos morir. Si encontrarán superiores y compañeros que los ayudaran y acompañaran. En este sentido, la incorporación de clero extradiocesano ha suavizado mucho el déficit de sacerdotes. Por otro lado, el intercambio de experiencias compartidos con otros curas de otras diócesis en los santuarios como El Rocío (o Reina de los Ángeles), ayuda a vivir una fraternidad sacerdotal más intensa y a relativizar las propias dificultades.

4. La corresponsabilidad del laicado y su presencia en la vida pública

El trabajo de reflexión, análisis y puesta en común realizado en nuestra diócesis como preparación del Congreso de laicos "Pueblo de Dios en Salida", es una excelente herramienta para crecer comunitariamente y, como dice el Papa Francisco: "repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y, sobre todo, el sentido de nuestra existencia". El momento intraeclesial que vivimos en España en torno a este congreso se ofrece como una oportunidad para redescubrir el "ser y sentido de la Iglesia". Convendría rescatar ese trabajo previo a este análisis.

La implicación de un apreciable número de laicos en los diferentes ámbitos de la pastoral parroquial y diocesana, su disponibilidad para la participación, la organización y el trabajo pastoral, es una importante fortaleza a la que hay que añadir el creciente compromiso de muchos laicos para apoyar materialmente las obras de la Iglesia y participar en su sostenimiento.

Entre la pluralidad y diversidad de movimientos y grupos laicales presentes en nuestra Iglesia, tenemos una buena poción de fieles bien preparados, quizá no muy abundante, pero suficiente, que si se les estimulara, se confiara en ellos, se les encomendaran misiones determinadas, serían una estupenda levadura para la diócesis. Para ello, habría que arbitrar espacios donde poder encontrarse, pensar, analizar, proyectar y revisar juntos, espacios donde encontrarse, conocerse y trabajar juntos. En especial, cuando a los jóvenes se les da responsabilidades haciendo uso de una pedagogía que los implique y los saque de la pasividad, muchos responden con una creatividad y generosidad sorprendente y contagiosa.

Las hermandades y cofradías ocupan con mucho el primer puesto de asociacionismo en la capital y la provincia. Cuantitativamente son el movimiento apostólico más numeroso, con mayores recursos y posibilidad de cobertura, y cualitativamente, con una gran disposición: muchos de ellos cristianos comprometidos, con capacidad de interpretar la liturgia y desarrollar contenidos catequéticos a través de la *via pulchritudinis*, con potencialidad en la transformación social y con fácil acceso a la juventud.

Ante las dificultades que constatamos hoy en la vida pública, los partidos políticos, los gobiernos, las instituciones, etc., tenemos la fortaleza, no exenta de dificultades, de contar en diferentes campos con la presencia de católicos formados que poseen una visión multidisciplinar de la realidad, contribuyen al bien de la persona y la extensión del Reino, y promueven la elaboración de leyes justas y equitativas que beneficien a la mayoría de los ciudadanos, de un modo especial a los más débiles y desprotegidos.

5. La formación y transmisión de la fe

La catequesis ofrece una importante estructura de integración a todas las edades: niños, jóvenes y adultos. En este sentido, el nuevo Directorio de Iniciación Cristiana se nos ofrece como una herramienta útil y necesaria, alumbrándonos, entre otras cosas, con un análisis socio-religioso muy bueno. Otras ofertas de grupos para el crecimiento y los procesos de vida creyente –como los grupos de Lectura Creyente de la Palabra, los Equipos de Nuestra Señora, las Comunidades Neocatecumenales, etc.– son muy valoradas, aunque también se sugiere explorar otros métodos y experiencias que en otras diócesis están dando resultado, en especial, volver a intentar captar y formar a agentes para la Acción Católica General.

Contamos con suficientes cauces de formación, empezando por el Instituto Teológico, el Centro Diocesano de Teología, Pastoral y Espiritualidad, la DECA para profesores de Religión, las actividades formativas de cada delegación, algunas como la de Catequesis o la de Hermandades muy valoradas. Sería un impulso importante para la diócesis si lograran trabajar adecuadamente coordinados y no haciendo cada uno el trabajo a su aire. En buena lógica, el Instituto Teológico debería hacerse cargo de esta coordinación.

Algunas parroquias cuentan con escuelas de formación o participan de las herramientas diocesanas para la formación. Cuando a las personas se les abre nuevas posibilidades para crecer en la fe, muchos son los primeros en demandar una formación adecuada y seria. Hoy en día, lo que no hay es tiempo para “perder el tiempo”.

A nivel educativo, se cuenta con una buena red de centros católicos y con presencia en los centros estatales de primaria y secundaria a través de los profesores de Religión y de los profesores cristianos. También cuenta con una pastoral universitaria y un espacio en la Universidad, aunque tenga sus limitaciones. La presencia de la escuela católica y la relación con ella es todo un potencial que hay que seguir cultivando, al igual que con la escuela pública. Las clases de Religión añaden valor de integridad a la educación y los profesores vocacionados, sean o no de la asignatura Religión Católica, son un verdadero testimonio y prestan un importante servicio a la comunidad educativa. Más del 75% del alumnado total de la provincia elige Religión.

La parte más positiva de la labor docente se encuentra en el privilegio de poder transmitir el mensaje de Jesús entre el alumnado, destacando este año la importancia de la presencialidad para desarrollar esta labor. Por otro lado, la relación con el alumnado y la familia en algunos casos es estrecha y satisfactoria. Hay alumnos que tienen un mismo profesor de Religión desde infantil hasta la culminación de primaria, lo que supone 9 años de seguimiento y la posibilidad de acompañar procesos.

La Iglesia posee sus propios medios de difusión y tiene fácil acceso a los de titularidad privada para evangelizar a través de los medios de comunicación. Contamos con medios de comunicación propios: delegación de medios, oficina de prensa, COPE...

Finalmente, la predicación de cada domingo en la homilía es una herramienta útil para orientar a los fieles al encuentro con el Señor y a una praxis de la vida creyente. Otras oportunidades, como el diálogo personal con los contrayentes en el momento de preparar la boda o cuando solicitan la fecha para contraer matrimonio, la preparación de un bautismo, etc. son oportunidades para la transmisión de la fe.

6. La Eucaristía dominical y la vida de los sacramentos

La celebración de sacramentos y el culto eucarístico es un derroche de gracia incalculable. En algunas parroquias se experimenta un crecimiento en la presencia a la Eucaristía, especialmente a partir de la pandemia. La vida de oración y la experiencia de que Dios nos acompaña en la tarea, buscando en todo la gloria de Dios. Los sacramentos, a lo largo de la vida, expresan esa íntima comunión con Dios y su Iglesia.

Aunque las liturgias están muy marcadas y a los seglares les cuesta sentirte partícipes, en algunas parroquias se hace un esfuerzo por adecuar los ritos y manifestaciones religiosas a una pastoral más misionera, especialmente queriendo recuperar el sentido cristiano del domingo. La atención espiritual y acompañamiento a personas mayores y enfermos es también muy valorada como fortaleza.

En algunas parroquias las escuelas de acólitos son una oportunidad para introducir a los niños en el espíritu y sentido de la liturgia. Por otro lado, el toque diario de las campanas de la Iglesia a lo largo de la jornada es signo de esa presencia permanente y convocatoria a la unidad en la oración, aunque no sea para asistir a la Iglesia. Sería bueno recuperar en los pueblos esa práctica.

7. La religiosidad popular y el diálogo cultural

Las hermandades en sí son punto de referencia para muchos cristianos, con gran poder de convocatoria, especialmente al sector joven. El florecimiento y expansión de las hermandades como estructura que posibilita la acción misionera y la evangelización por la *vía pulchritudinis* son una evidencia. Atraen a diversidad de fieles de todas las edades, cosa que no ocurre con otras ofertas pastorales y, aunque lo hacen en muchas ocasiones por intereses más culturales que religiosos, significan una posibilidad y reto de evangelización. Además, son un importante constructor social y herramienta de diálogo con la sociedad como lugares de asociacionismo y escuelas para trabajar en grupo, vertebrando barrios y pueblos y generando identidad.

Manifiestan la fe con fervor y, la unidad y cohesión de sus miembros, permite mostrar una realidad de fraternidad que dota a los hermanos de una identidad concreta y ofrecer un testimonio en el mundo. Las devociones en las familias cristianas favorecen la identidad cristiana y un vínculo de pertenencia a la Iglesia.

Las peregrinaciones convocan a numerosos fieles, especialmente en los pueblos con gran devoción mariana. La afluencia masiva de peregrinos en santuarios de la diócesis, de un modo especial en El Rocío, son una importante oportunidad para la evangelización y una puerta abierta a la experiencia eclesial que trasciende los límites de la diócesis, principalmente a través del contacto con los sacerdotes que acompañan a los peregrinos.

El acercamiento y acompañamiento a las hermandades abre un sinfín de oportunidades. La asistencia masiva a los encuentros de jóvenes rocieros, u otros realizados en el ámbito cofrade, son una posibilidad para la pastoral popular. La piedad popular, sin duda, es en nuestra diócesis un ámbito especial de entrada de muchos jóvenes que se encuentran en las periferias eclesiales, aunque suelen ser jóvenes poco acompañados y estimulados a realizar experiencias de profundización en la espiritualidad y vocación cristiana.

8. La acción caritativa y social

La imagen de la Iglesia se ve especialmente fortalecida por su actividad caritativa de ayuda a los más necesitados, sea en medio de la realidad social más inmediata o por su ayuda en el tercer mundo. El compromiso de la Iglesia por los excluidos la hace más fuerte ante los ojos del mundo y de la sociedad.

En ocasiones, la parroquia ofrece, sino el único, el principal soporte para sostener la vida de muchas familias necesitadas. La cercanía de muchos agentes de la caridad, sobre todo a través de los equipos parroquiales de Cáritas, ofrece el conocimiento de las necesidades de familias en pueblos y barrios que son atendidas calladamente.

La propia estructura eclesial, en general, y de Cáritas, en particular, posibilita llegar a todos los rincones de la provincia y a muchas realidades y personas. La puerta de la caridad nos abre puertas en la sociedad, de modo que esta labor goza de un amplio reconocimiento social. La sensibilidad de la Iglesia ante las necesidades sociales y su espíritu de solidaridad y esfuerzo, especialmente en los momentos de mayor necesidad como el que atravesamos, o la capacidad de adaptarse al cambio, de reflexionar y crecer continuamente, buscando alternativas y proyectos para mejorar la vida de personas, etc. suponen un trabajo y generosidad incontestable y el mayor de los testimonios.

Son numerosos los proyectos en distintos ámbitos de la pastoral socio-caritativa, muchos sostenidos exclusivamente por socios y bienhechores y, sobre todo, por un ejército de voluntarios que, como se ha demostrado en este último tiempo, hace lo imposible para hacer posible el ejercicio de caridad de la Iglesia. Un voluntariado formado especialmente por mujeres: la caridad de la Iglesia en Huelva tiene rostro femenino.

A nivel asistencial, se cuenta con un buen número de obras impulsadas por la diócesis, instituciones religiosas, hermandades, etc., que realizan una importante labor.

Sin embargo, las acciones y proyectos de Cáritas tratan de dar una respuesta integral y promocional de las personas, atendidas desde las claves del Modelo de Acción Social. La existencia de un modelo de intervención y acompañamiento consolidado y confrontado, también en otros proyectos como el Centro de Escucha San Camilo, muestra esa eficacia y experiencia contrastada. En este sentido, se consideran imprescindibles el sostenimiento de proyectos sociales de Cáritas como Puertas Abiertas, la Casa de Santa María, la Casa de los Milagros o la de la Buena Madre, así como otros de pastoral familiar como el Centro Oasis o el Servicio de Orientación Familiar o el trabajo de tantas voluntarias de Manos Unidas en sus distintas delegaciones, y tantos otros, más o menos conocidos, que representan el mapa caritativo de nuestra Iglesia desde esa clave del trabajo por la promoción, la inserción o el desarrollo de las personas y los pueblos.

Algunas pastorales periféricas, como las capellanías de hospitales, la presencia en los tanatorios o la pastoral penitenciaria, posibilitan acercar el evangelio a quienes no se acercan a la Iglesia o atraviesan situaciones límites, desarrollando una pastoral de proximidad –o pro-jimidad–, y acogiendo a las personas desde la gratuidad, por lo que son y no por cómo son.

Con la limitación de recursos materiales y humanos, se es capaz de dar respuesta a muchas realidades y necesidades, siendo de este modo signo de otro modelo de transformación social y de una Iglesia fraterna. Hay que destacar el trabajo en red y de colaboración con las distintas administraciones y otras entidades sociales, de un modo especial en el campo de la inmigración. Algunas pastorales, con las que se desarrollan en los hospitales, destacan la presencia y estilo de relaciones empáticas y auténticas, en las que la coordinación, relación de respeto y buen trato con el resto de profesionales y la gerencia de los hospitales favorecen esta presencia y labor. También se evidencia el necesario trabajo en red con los centros de salud y otras instituciones civiles y eclesiales, en proyectos como el Centro de Escucha o la Casa de los Milagros, mostrando la gratuidad y eficacia de estos servicios en medio de la sociedad civil.

La gran experiencia en campañas y los materiales de algunas de ellas – OMP, Cáritas, Manos Unidas, etc.– ayudan a una mayor sensibilización de la comunidad cristiana y de la sociedad en general de las grandes desigualdades e injusticias sociales. El servicio diocesano a través de las redes sociales y otros medios del Departamento de Comunicación, junto al trabajo de comunicación y animación comunitaria de Cáritas Diocesana, ayudan a ese conocimiento y reconocimiento de la inmensa labor de la Iglesia en este campo y a esa denuncia profética en la sociedad.

El voluntariado y los sacerdotes con interés e implicación en la tarea socio-caritativa de la iglesia, son un gran testimonio del amor de Dios y de la fraternidad con todas las personas, en especial con las más empobrecidas y excluidas, que se traducen en acciones significativas en las comunidades parroquiales. La fidelidad y constancia de los agentes de pastoral de la salud en muchas parroquias, facilitando el acceso a las familias necesitadas a través del enfermo y posibilitando otras intervenciones o la creciente sensibilidad social y eclesial hacia las personas que presentan algún tipo de discapacidad, también en otros ámbitos como el de la catequesis, expresan ese sentido vocacional y de envío de numerosos agentes que muestran el rostro caritativo de la comunidad eclesial.

Finalmente, el ámbito social y caritativo se ofrece como un buen enganche para los jóvenes y un ámbito de integración en la vida y misión de la Iglesia, como lo demuestra el grupo de jóvenes voluntarios de Cáritas Diocesana o las acciones espontáneas de muchos grupos de jóvenes cofrades que han respondido a la emergencia sanitaria provocada por la Covid-19.



OPORTUNIDADES

Una nueva mirada creyente

“Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (Rm 8,28), ¿cómo, entonces, no hacer el esfuerzo para ver, detrás de todas las cosas que ocurren, la mano de Dios? Necesitamos recuperar esa mirada creyente, de fe, sobre la historia y la realidad.

Ante la secularización de la sociedad, la pérdida de valores, la pluralidad de religiones y de ideologías, la crisis de la pandemia, el descrédito de las instituciones...; tenemos la oportunidad de revisar nuestra acción y de seguir fomentando el compromiso de los cristianos en la sociedad, de buscar oportunidades y vías de intervención que respondan a la realidad cambiante. Por otro lado, superar la ignominia y persecución política y mediática nos hará más fuertes en la unidad y acrecentará la autoestima cristiana.

En el tiempo de la nueva evangelización, el Espíritu Santo invita a tener la audacia de «encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra» (EG 167), en la serena conciencia de que «Cristo es el “Evangelio eterno” (Ap 14,6), y es “el mismo ayer y hoy y para siempre” (Heb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad. [...] Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual» (EG 11).

La perseverancia y la adaptación de las acciones de la Iglesia por causa de la pandemia, entre otras circunstancias y coyunturas, puede ayudar a reflexionar y redescubrir su verdadero sentido, depurándolo de su deriva social y cultural. Los nuevos planes pastorales y la recuperación de objetivos no cumplidos en planes anteriores que siguen teniendo actualidad y vigencia, será un importante estímulo para este nuevo tiempo de la Iglesia en Huelva.

1. La búsqueda existencial de sentido

En medio del materialismo reinante y los vacíos existenciales subyace una búsqueda sincera de sentido que orienta la vida y en la que, de algún modo, se anhela el encuentro con el verdadero rostro de Dios.

Este vacío existencial, que se deriva del desconocimiento o rechazo del Dios-Amor, conduce a un sin sentido y a la búsqueda de productos pseudorreligiosos para que ocupen ese espacio. Pero esta realidad puede presentarse como la oportunidad de proponer el Evangelio de forma novedosa, cercana y entendible, y el acercamiento de una Iglesia que testimonia la alegría y la esperanza frente a quienes viven en la desesperanza. Ante la existencia de numerosas heridas afectivas en la población en general –sea por soledad, experiencias dolorosas, etc.–, tenemos la oportunidad de llevarles el “bálsamo sanador” del Señor, de acercarnos a las personas con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar.

La búsqueda de los jóvenes, a menudo se realiza desde la vía de lo estético o de la belleza, a través de los sentidos. Es, por esto, que el mundo cofrade les resulta tan atractivo hoy a muchos, aparte de que les conecta con el misterio y la trascendencia, les aporta una experiencia, un grupo de identidad y pertenencia, un ámbito de protagonismo y participación. Esta realidad cada vez se revela más como un espacio privilegiado para su evangelización. También, a pesar del sincretismo religioso o pseudorreligioso que viven nuestros jóvenes, hay una verdadera búsqueda espiritual y apertura al misterio en ellos. Por otro lado, la inquietud natural de los jóvenes por crecer en su formación ofrece la oportunidad de una formación espiritual de calidad con el que acoger la sed de trascendencia de éstos.

A veces el "miedo", los momentos de crisis y de necesidad, llevan a las personas a acudir a la Iglesia y a buscar el consuelo de la Palabra de Dios. Un ejemplo de esto se da en el acompañamiento espiritual de los enfermos. La capilla de los hospitales es un espacio abierto las 24 horas y la gente acude a rezar a lo largo del día. Muchos, en situaciones límite, piden que recemos por ellos, personas que viven postulados en la incidencia pero que recurren a esa religiosidad natural. Únicamente desde la connaturalidad y el amor podemos apreciar la vida teológica presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres (EG, 125).

2. Una Iglesia de primer momento

Ante la pérdida de fe, el agnosticismo, la incidencia y la indiferencia de la sociedad actual para con la religión y las prácticas religiosas en general y con la Iglesia en particular, tenemos la oportunidad de valorar positivamente el "sentir religioso", la búsqueda y recuperación de valores humanos y religiosos y la demanda de interiorización y espiritualidad que aún percibimos en una parte apreciable de la población en general, y de percibirlo como una oportunidad para proponerles el Kerigma y animarles a dar un primer paso hacia el encuentro con Cristo, Aquel que nos "primerea".

El hecho de reconocer una sociedad cada vez más laica nos hace tomar conciencia de que el terreno es cada vez más virgen, donde se despliega un campo ilimitado para la misión. Esto nos hace ver que, tras los coleos de una Iglesia de cristiandad, estamos cada vez más situados en una Iglesia de primer momento, más precristiana que post-cristiana. La desocialización de la Iglesia de cristiandad posibilita la libertad de pertenencia, más por opción que por tradición; y la desclericalización, la corresponsabilidad y el protagonismo de los laicos en la sinodalidad de la Iglesia.

Tenemos la oportunidad de colocar en el centro de nuestras parroquias la escucha de la Palabra de Dios, de volver a escuchar el Evangelio como si fuese la primera vez, de redescubrir el tesoro del que somos portadores, de recuperar el asombro y el amor quizás empañado por el paso del tiempo. Es momento de afrontar con la fuerza renovada del Espíritu Santo las dificultades que tenemos de cara a la cercanía, a hacernos prójimos, a ser cercanos unos de otros, superando prejuicios, fatigas y desconfianzas, para anunciar con parrésia y ternura el Evangelio de la Vida y para acoger a muchos. Esta apertura exige flexibilidad en la acogida y radicalidad –vida en la raíz– en los creyentes para con ellos mismos, para un mayor testimonio de la misericordia de Dios.

Por ejemplo, tenemos la oportunidad del primer anuncio a los jóvenes de hoy favorecido por su desconocimiento del mensaje evangélico y su falta de vínculo con la Iglesia. No hay una contestación general a lo religioso, más bien indiferencia entre los más jóvenes. Esa falta de base cristiana en los jóvenes favorece la ausencia de prejuicios, convirtiéndose en una oportunidad para centrar la pastoral juvenil en la experiencia del primer anuncio. Mostrarles una Iglesia más atractiva, dinámica, dialogante y acogedora.

Los propios jóvenes se revelan como los agentes de evangelización de sus iguales más ideales. Nadie evangeliza mejor a un joven con otro joven. Existen jóvenes capaces de esto, aunque a algunos les falte una supuesta capacitación. Sobre todo hay que proporcionarles la propia experiencia y darles mucha cancha. De este modo, vemos como, graciosamente, surgen jóvenes con ganas de impulsar nuevas experiencias en algunos puntos de la diócesis. Hay que seguir animándoles en sus emprendimientos. Por otro lado, sigue siendo la juventud el tiempo más propicio para el despertar vocacional, con lo que hay que proporcionar experiencias que les ayuden en este sentido.

Por otro lado, hay que aprovechar los encuentros puntuales o coyunturales para acoger y anunciar, especialmente los ocasionados con motivo de la celebración de algún sacramento. Por ejemplo, a las personas adultas que se acercan para recibir la confirmación, o con ocasión del sacramento del matrimonio, hay quien ve en esto una oportunidad de la gracia para poder evangelizarlos y realizar un proceso de conversión y de fe con ellos. La pastoral prematrimonial es muy necesaria en la sociedad de hoy, para formar familias cristianas, imprescindibles para la construcción del Reino.

Estos encuentros puntuales se hacen especialmente intensos en los momentos de experiencia del límite humano, como es el caso de quienes están enfermos, en los momentos críticos de la enfermedad, previos a la muerte, aunque no demanden el sacramento de la Unción, y en los procesos de duelo.

Tenemos la oportunidad de, una vez que conocemos la realidad y la dificultad con la que se encuentran los adultos para un catecumenado permanente y continuado, poder seguir buscando formas, sin descanso, de priorizar y fomentar la catequesis y los procesos catecumenales de adultos. También es momento de emprender una mayor apertura de los centros y organismos diocesanos de pastoral para facilitar la formación de los laicos. Entre quienes se declaran creyentes se solicita acompañamiento espiritual y, por ejemplo, se echa en falta que el Centro Diocesano de Teología, Pastoral y Espiritualidad se dedique a la preparación pastoral y a la espiritualidad, dimensiones abandonadas en sus planes formativos y, en especial, la espiritual.

Se reclama la autenticidad en las personas de fe –especialmente en el sacerdote– y la veracidad en el encuentro personal con Dios. Por eso, parece oportuno recuperar esa dimensión kerygmática permanente hacia el interior de la Iglesia para que nadie en ella se dé por convertido. A los que ya están insertos en la comunidad cristiana hay que proponerles ir más allá, seguir avanzando en su proceso creyente. Finalmente, se propone la reagrupación de grupos en decadencia que comparten carismas similares, en el estímulo común de la evangelización compartida y la corresponsabilidad en la misión.

3. Una Iglesia más testimonial

En la Iglesia vamos tomando conciencia de la carencia de dinamismo misionero, de comunidades de base comprometidas que con su testimonio evangelicen, desde la propuesta y no desde la imposición, respetando la libertad de las personas. Somos conscientes de que hay cristianos con resistencias o dificultades para el diálogo con los no creyentes, capaces de una confrontación honesta entre su fe y la cultura. Ante esto, tenemos la oportunidad de fomentar y priorizar, sin prisas pero sin pausa, la creación de pequeñas comunidades cristianas de talla humana, como nos pide la Iglesia en tantos documentos, que vayan transformando nuestras parroquias en una comunión de comunidades, evangelizadas y evangelizadoras, que desde su presencia y su palabra testimonien, acojan y acompañen a todos aquellos que aceptan la propuesta del Kerygma y manifiestan su deseo de incorporarse a la comunidad cristiana.

Muchos rasgos se han venido señalando en el clero: la pérdida de identidad sacerdotal como producto de una sociedad secularizada; la falta de unidad en la fe, en los criterios pastorales y en la disciplina, y de caridad para que pueda haber unidad efectiva y afectiva entre los que comparten los lazos de la fraternidad sacerdotal; el desempeño del ministerio desde el poder y la imposición, en vez de la autoridad y el servicio; la escasez de sacerdotes maestros de oración y ejemplos a imitar que vivan una espiritualidad sacerdotal intensa, profunda, "vibrante", con ardor, entusiasmo y celo pastoral; la práctica de la murmuración y el chismorreos y la incapacidad de diálogo de quienes se creen en posesión de la verdad y de los mejores métodos; la falta de disponibilidad para salir de las estructuras del templo y tener más presencia en las realidades de la calle y en las periferias; etc. Ante todo esto, podemos seguir sembrando y fomentando, desde el seminario, una identidad sacerdotal fundamentada en el amor a Dios sobre todas las cosas, alimentada por el misterio eucarístico, los consejos evangélicos y la caridad que de ellos emana, capaz de vivir, con alegría, una evangelización más radical e integral. Además, contamos con una parte del clero motivada por una fuerte espiritualidad y que están dispuestos a trabajar en parroquias y otros ámbitos siguiendo las directrices y el estilo que pide el Papa Francisco.

Tenemos la oportunidad de cultivar en nuestras parroquias adultos y jóvenes que sepan ser testigos auténticos con su vida de esta Iglesia en salida, comunidades que sean capaces de ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, que sean capaces de evitar sumirse en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos" (cf. EG, 207).

Desde la fe, reconocemos las semillas del Reino que se dan entre nosotros en medio de una crisis global como la que vivimos: familias que sostienen a sus miembros más débiles y el trabajo gratuito en parroquias y asociaciones, etc. Por un lado, sabemos que el cambio se dará desde lo cercano, siendo la familia cristiana el primer y principal espacio para vivir y transmitir la fe, y por otro surgen experiencias de modelos económicos alternativos donde no prevalece la lógica del máximo beneficio económico, como es el caso del comercio justo, las empresas de reinserción social, la banca ética, etc. Siendo esto así, es necesario generar redes de personas, de profesionales, de familias, que asociadamente pongan en marcha nuevas realidades y experiencias (económicas, sociales, culturales, etc) que sean semilla de Reino.

Es casi una exigencia realizar con “calidad” lo que hacemos, sin olvidar que esta calidad tiene su raíz en una santidad de vida, que es lo que verdaderamente comunica la fe. Además, se necesitan líderes que, desde esta profunda espiritualidad, sean capaces de generar nuevos dinamismos y emprendimientos pastorales. Existen muchas técnicas sociales y medios a nuestro alcance para que los sacerdotes y los laicos adquieran estas capacidades. Por otro lado, la entrega, la generosidad y el compromiso de multitud de personas y organizaciones en un trabajo constante al servicio de los empobrecidos y excluidos son una oportunidad, porque presenta un modelo de creyente que, por la coherencia de su vida, hace más creíble el Evangelio desde su testimonio.

Finalmente, no podemos olvidar la presencia de la cruz en nuestra vida de fe, y el lugar y el sentido que tiene que tener para nuestra vida: se presencia existencial es siempre una posibilidad de dar testimonio y de evangelizar.

4. Abrir las puertas del corazón y de los templos

Tenemos la oportunidad de abrirnos al Espíritu que nos invita y nos impulsa, con su fuerza liberadora, a construir una Iglesia de estilo comunitario, capaz de cercanía, de comunión, en salida y humilde (cf. EG, 205). Así, desde esa primera apertura, podremos también abrir el corazón y las manos a todas las personas. Solo en el seno de una comunidad viva la evangelización puede producir fruto en el corazón de las personas, haciendo una especial opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha (G, 195). Esto implica también la acogida de quienes, por una causa u otra, se alejaron de la Iglesia, presentando el rostro misericordioso de Jesús, sin juicios ni reproches.

Es también un momento propicio para dejarnos alcanzar por las sensibilidades de los adultos de nuestro tiempo, de acogerlos, hacernos presentes entre ellos, acompañarlos en sus procesos de fe y de crecimiento personal y apoyarlos. De prestar atención a su condición laical que lleva consigo tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales. De facilitarles la integración en grupos que les permita, con más facilidad, el intercambio de experiencias de vida y el establecimiento de relaciones fraternas y amistosas, que se convierten en una oportunidad privilegiada para la transmisión de la fe de persona a persona (cf. DpC, 261-265; EG, 127-129).

La pluralidad social y de carismas en la Iglesia, necesita de vasos comunicantes para compartir esa riqueza. El trabajo en red y las buenas relaciones internas y con otras instituciones fomenta el respeto mutuo y un trabajo de mayor calidad y alcance. En una Iglesia en la que se constatan conflictos internos, tenemos la oportunidad de mejorar la comunicación y la coordinación entre las distintas personas y grupos, superando la lógica del simple reparto de tareas –mientras nos ignoramos recíprocamente– y saliendo de las dinámicas de desconfianza, conflicto y competitividad en las que, a veces, estamos inmersos. Esto exige mayor comunión y transparencia.

Por otro lado, el diálogo con instituciones de la educación y la cultura, como la Universidad, para conseguir intercambios y convenios con ella y otros organismos locales, provinciales, regionales, nacionales,... en beneficio de nuestros actuales seminaristas y futuros sacerdotes, en particular, y de los fieles de la diócesis en general, por ejemplo con todo el mundo cultural de las hermandades, el arte, la enseñanza, etc.

Ser una diócesis pequeña favorece la creación de una familia de grupos juveniles que pueden compartir experiencias, materiales, etc. y crear interacción pastoral. Esto ofrece la oportunidad de una mayor coordinación intraeclesial con sacerdotes, religiosos y laicos, entre las distintas pastorales, así como alizanzas y coordinación con otras entidades sociales y civiles, para que, entre otras, la acción sociocaritativa de la Iglesia sea expresión de comunión y la caridad más efectiva.

Hay que mantener las puertas abiertas de los templos durante el máximo tiempo del día para que las personas puedan realizar su visita y oración ante el sagrario, promoviendo las exposiciones del Santísimo. El despacho parroquial debe ser más un espacio de encuentro que para la burocracia. Hay que saber poner perfiles adecuados en las puertas de nuestras Iglesias o instituciones, en los despachos, capaces de una adecuada acogida y saber aprovechar los diálogos con quienes, por ejemplo, se acercan a la parroquia con ocasión de un sacramento.

En este análisis, hemos venido constatando que no tenemos una buena y adecuada labor pastoral. Abunda la improvisación, la falta de creatividad y de adecuación entre los medios que se usan y el sentir y las nuevas realidades que vive la sociedad de hoy. Tenemos la oportunidad de ser más operativos y organizativos, buscando maneras de proporcionar mayor formación a nuestros agentes de pastoral, de disponer cada vez más de tecnologías de la comunicación y participación que permitan impulsar la acción pastoral y una mayor presencia social.

La existencia de otras confesiones en nuestros pueblos ofrece la oportunidad de acercarnos a distintas realidades para vivir la confraternidad, desde el respeto mutuo y poniendo en valor lo mejor de cada una de ellas. Así, se puede establecer alianzas con otras confesiones para promocionar una cultura del encuentro, el sentido de la transcendencia, el respeto al hecho religioso, el valor de la vida, etc. También es importante trazar estas alianzas en el marco educativo entre el profesorado de religión católica y el de otras confesiones.

Cualquier necesidad en las personas es una oportunidad para la Iglesia de llevar “el paño del consuelo, la luz de la verdad que esclarece errores, limpiar manchas, sostener a los vacilantes, levantar a los caídos, etc.” En definitiva, “pasar haciendo el bien” al estilo de Jesús.

5. La Iglesia como institución de confianza

La Iglesia es una realidad de elevada implantación social y que sigue ocupando un lugar importante en la sociedad de Huelva y provincia. La Iglesia sigue siendo una institución en la que se confía, a pesar de la sospecha que, en un sentido despersonalizado y genérico, se tiene y promueve sobre la Iglesia y de la consecuente desafección de no pocos.

Esta confianza social que la Iglesia ha mantenido y mantiene aún en muchos pueblos nace del protagonismo que ha tenido en la historia como elemento integrador y conformador, a partir de valores singulares que han ido perneando y que han configurando a la sociedad: el amor al prójimo, el perdón, la solidaridad, etc.

Allí donde había problemas anquilosados, el buen hacer de algunos párrocos ha despertado de nuevo la confianza en la Iglesia, acercando a fieles que llevaban años sin pisarla. Especialmente la pandemia ha sido una ocasión propicia para recuperar esa confianza perdida. Esto nos demuestra que activar la inteligencia pastoral en determinadas coyunturas favorece ese reconocimiento del valor de la Iglesia.

La Iglesia sigue teniendo autoridad como formadora de valores cristianos y humanos. Prueba de ellos es el elevado número de familias que aún siguen demandando para sus hijos las clases de Religión o que apuestan por la escuela católica. En opinión de la delegación para la Educación, la misma situación de manejabilidad del panorama político, la falta de valores sociales y de nuestra propia identidad, puede hacer que las familias se planteen el hecho de pedir Religión para sus hijos como la vía a través de la cual reciban esos valores, creencias, cultura, costumbres... que la sociedad se empeña en hacer desaparecer y que no reciben desde ninguna otra enseñanza. Aproximarse a los centros educativos cercanos a la parroquia abrirá la posibilidad de hacer llegar una oferta pastoral a jóvenes y niños.

Sin duda, el factor de confianza más valorada en las organizaciones civiles y en la ciudadanía en general, es la acción caritativa y social de la Iglesia. En este sentido, es destacable la labor de las Cáritas parroquiales, las bolsas de caridad de las hermandades y otras asociaciones o acciones de la Iglesia en este ámbito. La imagen social del Papa Francisco favorece esta imagen. Esto ofrece la posibilidad de contar en la sociedad con recursos y alianzas con plataformas y organizaciones bien estructuradas que, bien aprovechadas, podrían dar unos excelentes frutos. También es una oportunidad para involucrar a los parroquianos en su sostenimiento y, por extensión, de toda la acción de la Iglesia en sus diferentes dimensiones.

La distancia que existe entre la sociedad y la Iglesia y su mensaje, junto a la actual situación de incertidumbre y de empeoramiento de las condiciones de vida de las familias onubenses, debería llevarnos a plantear una presencia pública en diálogo con las organizaciones e instituciones de nuestra sociedad civil y fortalecer y hacer crecer la Iniciativa Iglesia por el Trabajo Decente. Hay mucho trabajo por hacer y deberíamos ser capaces de hacerlo uniéndonos para combatir las injusticias sociales en movimientos vecinales, el trabajo sindical de algunos movimientos, etc.

6. El sustrato religioso y la piedad popular

Ante un debilitamiento de la pertenencia a la Iglesia, la falta de fe o de compromiso en muchos cristianos y un aumento de la población alejada –aunque participen en diversos actos de religiosidad popular–, tenemos la oportunidad de aprovechar sus experiencias eclesiales, su espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que se expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental. En este acto de fe se acentúa más el “credere in deum” que el “credere Deum” (DpC, 336). Dios, que no hace acepción de personas, tampoco descarta cualquier vía de acceso a Él.

Existe en nuestra sociedad y cultura andaluza un sustrato religioso de base sostenido, especialmente, por las hermandades y las distintas expresiones de la piedad popular que son una gran oportunidad de diálogo con la cultura y de presencia social. Por su capacidad de convocatoria, las hermandades son un lugar propicio para la transmisión de la fe y del diálogo, para la formación laical y promoción vocacional, para testimoniar la fe y expresar la unidad de la Iglesia, sin olvidar que su fin primordial es el culto. Por ejemplo, la manifestación pública de fe en sus salidas procesionales son un auténtico contrapunto al ambiente de secularización reinante.

El acceso ocasional a la Iglesia por vía de la piedad popular y sus manifestaciones de las generaciones jóvenes es una buena oportunidad para acercarse a ellos. Se puede mejorar la simbiosis entre hermandades y parroquias: fomentando la formación de los cofrades e, incluso, potenciando entre los cofrades la culminación de los procesos de iniciación cristiana (confirmación) como puerta de entrada a una formación continuada de adultos; animando a la participación de las celebraciones, retiros y momentos de oración, cultivando una mayor vivencia de la espiritualidad; implicando a los hermanos en los servicios de la parroquia y, en especial, en los caritativos para que no realicen una caridad por su cuenta y según criterios que no responden al Modelo de Acción Social de Cáritas.

Tenemos la oportunidad de devolver ciertas manifestaciones de la piedad popular a sus raíces evangélicas, trinitarias, criptológicas y eclesiales, purificándolas de deformaciones o actitudes erróneas y convirtiéndolas en oportunidades para un nuevo compromiso con la vida cristiana (DpC, 340). Igualmente, las conmemoraciones, tiempos jubilares, etc., vinculados generalmente a la piedad popular, son efemérides que ofrecen oportunidades de generar puentes con la sociedad y plataformas de evangelización y revitalización de las parroquias.

También el patrimonio cultural religioso, en sus manifestaciones artísticas y folklóricas, en el sentido positivo del término, generan identidad con base cristiana y son una plataforma de encuentro y colaboración. No podemos olvidar que el patrimonio cultural e histórico de nuestra provincia está relacionado y vertebrado por contenidos religiosos. La transmisión de la cultura y sus valores es necesaria para la buena convivencia. También la asignatura de Religión Católica aporta al proceso social y cultural. A través de la educación religiosa la sociedad va aprendiendo lo más importante de la cultura.

7. Tiempo de cambio

Nuestros mayores en la fe afrontaron las dificultades y los retos y consiguieron superarlos: sus tiempos no fueron ni peores ni mejores que los nuestros, sino otro momento histórico. Bueno es mirar la historia y frutos de quienes nos precedieron en la tarea pastoral aprendiendo de su vigor apostólico y dando respuesta al hombre de hoy con los medios y lenguajes del hombre de hoy.

La presencia del Espíritu Santo conduciendo la nave de la Iglesia nos garantiza que, en todo momento, podemos ser iluminados en el discernimiento sobre los retos que la comunidad cristiana debe asumir en cada tiempo. La conciencia de estar en un tiempo nuevo debe ayudarnos a vencer el miedo al cambio para que no nos paralice y se experimenta una cierta predisposición y deseo de afrontar esos nuevos retos por parte de un sector de la Iglesia, deseo avivado con la llegada del nuevo Obispo que ha activado las expectativas.

Comenzando una nueva etapa en la diócesis, tenemos la oportunidad de buscar formas de ampliar la participación y la implicación en la elaboración de los planes pastorales, procurando que no sean farragosos, que sean fáciles de aplicar, que dejen espacios a la creatividad y que sean más de propuesta que de imposición. El desafío que supone construir juntos y desde la clave de la sinodalidad un nuevo Plan Diocesano de Evangelización, nos hará partícipes, después, de su ejecución y revisión, generando nuevas sinergias comunitarias.

Tenemos, pues, un gran recorrido por delante en el que poner en marcha diversos aspectos, ya tratados en puntos anteriores:

- Creación de espacios para compartir y convivir, facilitando la unidad entre las diversas realidades existentes dentro de la diócesis, y así poder trabajar de manera más efectiva, animándonos. Nuestra situación se puede ver favorecida si somos capaces de trabajar juntos para que demostremos nuestra verdadera fuerza.
- Creación de espacios de formación y preparación en todos los ámbitos, también en el civil, mediante talleres, cursos, charlas, etc. para ser capaces de llegar donde se nos necesite y poder trabajar todos en una misma dirección.
- Generar nuevas metodologías para el trabajo con los jóvenes.

8. Las redes sociales y los nuevos medios

Partiendo de lo fundamental del testimonio y el encuentro personal y comunitario para crecer en la fe, reconocemos que los medios tecnológicos –como las redes sociales, el portal web, la difusión de noticias vía digital, etc.– nos brindan multitud de oportunidades. Son una oportunidad para la evangelización, de acceso a muchas personas de forma inmediata.

En los más jóvenes, nativos digitales, la oportunidad también se encuentra en que ellos mismos se conviertan en agentes de evangelización ya que por sus características, intrépidos y creativos, con dominio de los códigos y lenguajes actuales y la capacidad hermenéutica de la cultura actual, pueden ser agentes preferentes para esta pastoral.

Algunos medios digitales pueden ser una herramienta para un primer contacto y atención, pero esto requiere una formación y coordinación para hacernos capaces de amortiguar y neutralizar algunas contrapartidas negativas, como el abandono e inapetencia por la presencialidad, por ejemplo, en la asamblea celebrativa. No podemos olvidar que es una de las presencias del Señor entre nosotros: “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Cf. Mt 18, 20).

Algunas parroquias cuentan con blogs, perfiles en redes sociales, incluso páginas webs. También, algunas televisiones locales colaboran con sus parroquias, por ejemplo, retransmitiendo la misa parroquial, o cuentan con espacios en radios locales. Hay que cuidar especialmente la presencia en los medios para que nunca suponga un antitestimonio.

El mundo necesita escuchar la voz de Dios, pero no tiene oídos. Nosotros somos los portavoces y estamos roncros o dormidos. Urge crear canales de comunicación. Hay un esfuerzo también por hacer presente en estos nuevos medios los rostros de la pobreza, con nuevas estrategias de comunicación y sensibilización, con las nuevas tecnologías desde nuestra identidad eclesial.

Es positivo como característica de los jóvenes de hoy, la educación y amplitud de conocimientos, así como el desarrollo del trabajo colaborativo, que les abre al don y tarea de la comunión, y el mayor grado de autonomía y percepción de la libertad personal que viven como adecuada, especialmente en los jóvenes entre 18 y 25 años.

Finalmente, comunicar anualmente las cuentas y la memoria de actividades parroquiales es un ejercicio de transparencia con la feligresía y con la sociedad en general, con un profundo sentido evangélico y que, consecuentemente, es un auténtico testimonio de fe en la comunidad y en medio de la sociedad.

9. Los nuevos rostros de la pobreza y otros problemas sociales

Los asentamientos de inmigrantes y las personas sin hogar van en aumento, con un alto índice de pobreza y desempleo –de los más altos de España–. Además, asistimos a un acelerado envejecimiento de la población en la diócesis, debido al éxodo de familias jóvenes que buscan trabajo en otras ciudades o países, con lo que aumenta la soledad de nuestros mayores, muchos de ellos dependientes. La situación de crisis económica y de falta de esperanza que está generando la pandemia, la desintegración familiar, la brecha digital o las nuevas adiciones, etc., nos presentan nuevos rostros de la pobreza ante los que podemos generar procesos de trabajo que nos permitan detectar situaciones de pobreza y vulneraciones de derechos desde las realidades que ya viene la Iglesia acompañando. La experiencia acumulada de años actuando bajo un Modelo de Acción Social nos ayuda a reconocer que, dentro de esas nuevas maneras de presentarse la vulnerabilidad y la exclusión, las raíces de la pobreza siguen siendo esencialmente las mismas, al igual que los colectivos que la sufren.

La compasión por todos aquellos que están heridos por la vida, por los humildes, por los pobres... debe ser el rasgo decisivo de nuestra Iglesia. "Ellos tiene mucho que enseñarnos. Además de participar del *census fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo suficiente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a recorrer la fuerza salvífica de sus vidas y ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos" (EG, 198).

Ante la existencia de numerosas injusticias, de diferentes formas de pobreza, de estructuras que van contra la dignidad de la persona, etc., tenemos la oportunidad de presentar el evangelio con toda su fuerza profética. La propia realidad de pobreza cambiante que nos ayuda a crecer, a adaptarnos continuamente, a reflexionar y buscar alternativas, acciones y proyectos para mejorar la situación de las personas es, por tanto, una de las mayores oportunidades de la Iglesia para nuestro hoy.

Hay un sentido de defensa de la dignidad de las personas en parte de la sociedad que se deja ver también en los jóvenes y que posibilita acercarlos a las organizaciones de Iglesia o de inspiración cristiana para ejercer su voluntariado en el ámbito caritativo y social. El diálogo con jóvenes en exclusión, enfermos o en la cárcel, la cercanía y acompañamiento de las distintas pastorales socio caritativas, acercan el rostro misericordioso de Jesucristo y maternal de la Iglesia en las vidas de jóvenes muy rotos.

Nos encontramos también con una sociedad más igualitaria. En especial, hay un mayor empoderamiento de la mujer que hay que saber aprovechar para reconsiderar su papel en la Iglesia y su igualdad de oportunidades, no por paridad, sino por igualdad de dignidad y vocación esencial.

El trabajo en red con otras instituciones sociales debe ser emprendida con más constancia, teniendo siempre en cuenta los criterios de discernimiento propios y las opciones particulares, iluminadas por la Doctrina Social de la Iglesia. Las oportunidades que ofrecen la implicación en una acción conjunta con los servicios sociales, los ayuntamientos y otras instituciones, nos ayudarán a implementar estrategias de detección de familias en riesgo de exclusión, hacer seguimiento de niños con fracaso escolar, crear iniciativas de empleo para los jóvenes, diseñar entornos saludables, dotar a los barrios de centros con educadores sociales que saquen a los niños de las calles, etc.

Aunque el nuevo voluntariado en Cáritas es escaso, sin embargo, es más susceptible de asumir el Modelo de Acción Social que el voluntariado más veterano. Hay que diseñar nuevas estrategias para atraer a los jóvenes a participar en los proyectos de Cáritas, de desarrollo con países empobrecidos desde Manos Unidas u otras propuestas existentes en la diócesis, generando nuevos vínculos con las parroquias y no aisladamente. Hay que evitar la atomización de estos grupos y situarlos más como una oportunidad de encuentro con el Señor de los pobres y con la comunidad de los pobres que como un medio de realización personal y autocomplacencia. Estamos para servir a los pobres, no para servirnos de ellos.

El interés desde los espacios confederares, regionales y provinciales de la estructura de Cáritas, se hace más creciente en cuanto a proponer y animar una mayor presencia de la acción socio-caritativa en los planes de formación de los seminarios y coordinar programas o acciones específicas de formación para sacerdotes.

Finalmente, la conciencia medioambiental, primera preocupación en el colectivo joven, nos permite educar la sensibilidad ante la belleza de la Creación y la necesidad de su cuidado desde una ecología integral, como expresa la encíclica Laudato Si'. Principalmente, el entorno en el que vivimos nos aporta una sensación de libertad y de privilegio al estar rodeados de una rica biodiversidad, un paisaje natural que nos proporciona experiencias únicas que pueden ser trascendidas conectándonos como criaturas con el Creador y activando el compromiso por su cuidado y por la defensa de la justicia y equidad que de este cuidado se desprende.



La pandemia del Covid-19 ha condicionado enormemente la vida y misión de la Iglesia. En especial, el confinamiento causado por el estado de alarma generó mucha confusión en el clero y en los fieles. Muchos reconocen un efecto negativo en toda la acción pastoral y evangelizadora de la Iglesia. La ausencia de vida comunitaria, la imposibilidad de participar de la Eucaristía, en otros sacramentos o de reunirse, la preocupación por el abandono del acompañamiento pastoral y espiritual de los fieles, la dificultad para acceder a las personas más vulnerables y necesitadas, etc., han sido obstáculos a vencer.

Entre otras carencias, ha puesto de manifiesto: la falta de nuevos medios digitales y de preparación para su uso por parte de los agentes para seguir desarrollando la labor pastoral; la brecha digital o falta de medios tecnológicos de algunas familias, impidiendo su acompañamiento y seguimiento; la falta de una comunidad estable, madura, formada y responsable que diera, de forma organizada, respuestas creativas al desafío sobrevenido; la inacción de un clero perplejo e incapaz de discernir y actuar en correspondencia con los criterios comunes; etc.

Después de un año en esta situación, vemos como la crisis económica y de falta de esperanza que está generando la pandemia, dibuja un panorama que debemos afrontar en comunión y con un entusiasmo renovado. Han empeorado las condiciones de vida y trabajo de miles de familia y ha hecho resurgir la preocupación por la cuestión social. Nuestra provincia se ha convertido en una de las que más desempleo tiene de toda España y con el triste récord de los salarios más bajos para las mujeres y mayor brecha salarial entre hombres y mujeres. Esta situación puede y debe ser una oportunidad para una mayor presencia y desarrollo de la Pastoral Social, del Trabajo y Obrera, así como un impulso para el conocimiento y la praxis de la Doctrina Social de la Iglesia. Por tanto, la acción caritativa de la Iglesia es una oportunidad de acercarse a los más empobrecidos de nuestra sociedad y una oportunidad evangelizadora siempre que el objetivo sea la promoción integral (personal y colectiva) y no solo asistencia en la necesidad material. Esto va a condicionar mucho la vida de las familias, lo que requerirá una especial atención pastoral y solidaridad.

Esta respuesta generosa y solidaria de la Iglesia, en sus miembros e instituciones, se ha hecho notar desde el primer momento de la pandemia y ha ido generando una mayor conciencia social. Se valora positivamente el esfuerzo para la adaptación a las circunstancias covid por parte de párrocos y agentes, la buena disposición de la comunidad para aplicar la normativa y las recomendaciones. Incluso, en algunas parroquias se ha experimentado un incremento en la participación de la Eucaristía, posiblemente por la necesidad de buscar alimento espiritual en medio de esta situación.

La sociedad, en estos tiempos de pandemia, tiene una especial necesidad de encontrar respuestas de esperanza. Necesita una visión distinta y renovada de las circunstancias y de la forma de afrontar las dificultades que estamos viviendo. El materialismo no ha sido capaz de dar respuesta a las necesidades que han ido surgiendo, por lo que, de algún modo, esta pandemia pone en crisis el sistema. Por nuestra parte, estamos llamados a leer con sentido evangélico la situación actual que se nos ofrece como oportunidad de purificación y crecimiento.

Por consiguiente, la situación Covid-19 nos demanda una Iglesia en salida, creciendo en presencia social y disponibilidad. Algunas parroquias han experimentado una mayor implicación de las familias en los procesos de iniciación cristiana de sus hijos. Por otro lado, la imposibilidad de grandes concentraciones, nos debe impulsar a fomentar acercamientos más personales, pequeños retiros, momentos de culto y de oración que inviten a la meditación profunda del misterio cristiano. Algunas parroquias han incrementado el número de misas para que no haya nadie que se quede sin la participación en el sacramento y ni le falte alimento espiritual, aumentando, como decimos, la participación de los fieles. Especialmente en el tiempo de confinamiento, se ha visto elevada la conciencia de la familia como Iglesia Doméstica, recuperando ese espacio y escuela de vida y fe compartida. También es esta una oportunidad para transmitir con fuerza y dinamismo la cultura de la vida y denunciar con fuerza de palabra y signos la cultura del descarte.



Finalmente, la adaptación de las acciones de la Iglesia por causa de la pandemia puede ayudar a reflexionar y redescubrir su verdadero sentido, depurándolo de una deriva más social y cultural que evangélica. También es un buen momento para realizar una mirada al interior y contemplar el estado de nuestra particular conversión: si estamos viviendo la vida desde el mensaje de Cristo y si estamos poniendo el acento en lo verdaderamente fundamental del Evangelio, la relación con la persona de Cristo y la consecuente atención a los empobrecidos, marginados y descartados de la sociedad.



ÍNDICE DE PARTICIPACIONES

Arciprestazgos:

- A1 Costa
- A2 Minas
- A3 Andévalo
- A4 Huelva
- A5 Sierra
- A6 Condado Occidental

Parroquias:

- P1 Cristo Sacerdote, Huelva (A4)
- P2 Santiago el Mayor, Arroyomolinos de León (A5)
- P3 San Andrés, Encinasola (A5)
- P4 San Bartolomé, Cumbres de San Bartolomé (A5)
- P5 San Pedro, Huelva (A4)
- P6 Virgen de Belén, Huelva (A4)
- P7 Santiago Apóstol, Bollullos del Cdo. [Condado Oriental]
- P8 Concepción, Huelva (A4)
- P9 Estrella del Mar, Huelva (A4)
- P10 Santa Teresa y San Juan de Ávila, Huelva (A4)
- P11 Ntra. Sra. de los Dolores, Huelva (A4)
- P12 San Vicente, Villarrasa [Condado Oriental]
- P13 Divino Salvador, Escacena, y San Bartolomé, Paterna [Condado Oriental]
- P14 Santiago el Mayor, Hinojos [Condado Oriental]
- P15 Ntra. Sra. de la Asunción, Almonte [Condado Oriental]
- P16 San Bartolomé, Villalba del Alcor, y Ntra. Sra. de la Purificación, Manzanilla [Condado Oriental]
- P17 San Francisco de Asís, Matalascañas [Condado Oriental]
- P18 María Auxiliadora, Bollullos del Condado [Condado Oriental]
- P19 san Miguel Arcángel, Cumbres Mayores (A5)
- P20 Santa María Magdalena, Cala (A5)
- P21 Santa Marina, Cañaveral de León (A5)
- P22 Ntra. Sra. de Gracia, Alosno (A3)

Instituciones diocesanas:

- I1 Seminario Diocesano
- I2 Cáritas Diocesana
- I3 CONFER
- I4 Consejo de Pastoral Diocesano (Aportación de la consejera María Jesús Arija García)

Delegaciones y secretariados

- D1 Hermandades y Cofradías
- D2 Apostolado Seglar: Pastoral Juvenil; Pastoral Universitaria; Movimiento Cultural Cristiano; Cursillos de Cristiandad; Sec. Migraciones; HOAC; Vida Ascendente; Scouts Católicos de Huelva; ACHEESIL; Salesianos Cooperadores; Movimiento Teresiano Seglar; Equipo Delegación AS
- D3 Manos Unidas
- D4 Pastoral Penitenciaria
- D5 Pastoral de la Salud
- D6 Misiones
- D7 Educación: Equipo de la delegación; Profesores de Religión por arciprestazgos
- D8 Catequesis
- D9 Lectura Creyente de la Palabra: Isla Cristina; Trigueros; Aracena; Lepe
- D10 Familia: Familias Invencibles; Movimiento Familiar Cristiano; Equipos de Nuestra Señora

Comunidades y grupos

- C1 Comunidad HH Santo Ángel (I3)
- C2 Grupo Matrimonios, Trigueros (D10)
- C3 Grupo Jaris de Jóvenes, Trigueros (D2)
- C4 Colegio Tierra Llana (D7)

